

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTICULO XIII.

LA CARIDAD.

I.

Al hablar de la Caridad, de esa virtud la mas sublime y consoladora de todas las virtudes, la primera figura que aparece ante mis ojos, es su mas bella imagen en la tierra.

¿Quién de vosotros, lectores míos, no ha visto alguna vez á esas mujeres que visten un pobre y grosero sayal negro, que cubren su frente y sus cabellos con una toca de lino y se envuelven en un manto de lana?

¿Quién de vosotros no conoce y ama á las nobles y generosas hijas de San Vicente de Paul?

Esas mujeres, hermanas de la Caridad, y encargadas de la santa mision de esparcir sus beneficios y sus consuelos sobre la tierra; esas tiernas y amantes criaturas no tienen patria. Descienden del cielo, y donde se sufre allí está su hogar: el que padece es el objeto de sus mas solícitos cuidados: la ancianidad, la juventud, la infancia, ven en ellas sus ángeles de paz.

Hállanse en medio de las batallas, en los hospitales provisionales destinados á recoger los cuerpos mutilados de los heridos, en los incendios, en las epidemias, en todas partes, en fin, donde hay dolores que aliviar, desgracias que socorrer y lágrimas que enjugar.

La mas hermosa y sublime de las obras de la célebre y nunca bastante alabada Mme. de Genlis, de esa mujer que fué á un mismo tiempo la mas bella dama de la corte de Francia, la escritora mas eminente y la madre de familia mas ejemplar: la mas hermosa obra de esa mujer incomparable está

OCTUBRE.

destinada á pintar la abnegacion y el heroísmo de las hermanas de la Caridad: el que haya leído *Clara de Rosenberg* ó *El Sitio de la Rochela*, no podrá olvidar fácilmente las gentiles y preciosas figuras de las hospitalarias Clara y Honorina, y á la evocacion de este recuerdo, las verá ante los ojos de su imaginacion, recorrer las salas del hospital de la Rochela, envueltas en blancos velos y llevando en las manos el vaso de alabastro que contiene el bálsamo que alivia las heridas de los soldados.

Ni una sola de esas mujeres he encontrado que no tenga el rostro sereno y apacible como su corazon y su conciencia: he visto bajo ese hábito ancianas de noble y benévola fisonomía; mujeres que llegan apenas al estío de la vida, de mirada dulce y elocuente sonrisa, y he visto tambien jóvenes, en la aurora de sus años, de rostro hermoso y de cándidas y risueñas facciones; pero en todos sus semblantes se nota un sello de amor, de resignacion y de suavidad que jamás he hallado en los de otras mujeres.

Las hermanas de la Caridad son mas heroínas, á mis ojos, que Juana de Arco y la Varona castellana: estas se olvidaron de su sexo para hacer alarde de su valor: aquellas conservan además de todos los privilegios del suyo, el mas hermoso y envidiable; el de hacer bien á sus semejantes.

La caridad de esas criaturas es inagotable.

El pobre huérfano á quien su madre abandonó, halla en cada una de ellas una verdadera madre muy distinta del monstruo á quien debe el ser.

El anciano enfermo y desvalido encuentra en ellas una hija que le cuida con solícitud y amor.

La pobre jóven á quien la miseria y el extravío conducen al mísero lecho de un hospital, halla una hermana en la que lo es de la Caridad.

Y esas mujeres ejercen su santo ministerio en la oscuridad, sin testigos de su heroísmo, sin alabanzas, sin galardón de ninguna especie en el mundo: su abnegacion es silenciosa ó ignorada: la admiracion de aquellos, á quienes alivian y consuelan, hace enrojecer sus frentes: ellas se contentan únicamente con la aprobacion de Dios.

La hermana de la Caridad renuncia á ser esposa y madre, para serlo de la gran familia humana; renuncia á los goces del hogar doméstico para ir á derramar la paz y la dulzura en los extraños hogares.

res; sepárase del mundo, de sus placeres, de sus galas, para ir á empaparse en las lágrimas ajenas, para curar dolores que no la pertenecen, para aliviar padecimientos que no son suyos.

Ellas no ven mas que la esperanza de hacer el bien en todos sus sacrificios; pero la Esperanza les muestra una corona en el cielo.

La Fé, la Esperanza y la Caridad se sostienen mutuamente y se aman tanto que no se separan jamás.

¡Solo una religion como la nuestra pudiera producir tan benéficas, hermosas y consoladoras hijas!

II.

La caridad es tan sublime y generosa que da cuanto tiene.

La imagen de San Martín dando la mitad de su capa á un pobre me ha conmovido siempre profundamente.

La caridad es una virtud ardiente y apasionada: es un amor indecible á todo el que padece, que solo puede provenir de un rayo del espíritu de Dios.

El egoismo, ese asqueroso reptil, con cuerpo de acero y garras de hielo, huye temeroso de la caridad: la teme, y aunque quisiera esterminarla, nunca se atreve á dirigirle sus tiros cara á cara, ni á penetrar en los sitios que habita, porque es cobarde y ruin.

Los egoistas no saben de qué placer se privan por no conocer la caridad. Esos desgraciados seres están constantemente sufriendo, pues, cuanto poseen les parece poco y pasan su vida deseando mas comodidades y un bienestar completo, como si este existiese en el mundo: mas cuando creen llegar al pináculo de su dicha, cuando se convencen de que van á ver satisfechos todos sus deseos, otros nuevos deseos se alzan en su corazon, y realizan la fábula de las culpables jóvenes que fueron condenadas á llenar una vasija sin fondo.

La tarea de los egoistas, como la de estas desgraciadas, es interminable: no tuvo principio ni tendrá fin, y todo lo que con ella logran es conquistar-se pedazo á pedazo la condenacion eterna.

Detrás del egoismo viene siempre la avaricia: la avaricia, que no deja sueño en los ojos, risa en los labios, ni alegría en el corazon: la avaricia, verdugo del que la abriga en su seno, pues, semejante al vampiro, chupa su sangre hasta dejarle sin vida.

El egoismo es el mas vil de todos los defectos y la avaricia la mas sórdida de todas las pasiones, y uno y otra causan tantas desgracias que si pudiéramos verlas quedaría helada la sangre en nuestras venas.

Para el egoista no hay afectos, ni amor, ni amistad, ni familia: todo lo sacrifica á su propio bienestar; pero nada basta á conseguirlo.

La avaricia lo sacrifica todo al placer de aumentar, pero su loco anhelo no la deja ver su propia miseria, pues de todo le priva y le hace vivir sin pasado, sin presente y sin porvenir.

Tú sola ¡oh, sublime caridad! puedes borrar con tus merecimientos las culpas del egoismo y de la

avaricia! ¡Tú sola puedes, con la luz purísima de tu belleza, iluminar los culpables abismos que se abren á sus piés esos mensajeros del infierno!

Porque tú eres, como tu madre la Religion, y como tus hermanas la Fé y la Esperanza, mensajera de Dios en la tierra y santa habitadora del cielo.

Tú llevas en tu manto el consuelo y la alegría.

Tú enjugas el llanto amargo de la viudez y las tristes lágrimas de la orfandad.

Tú amas á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento; y la pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria que constantemente procuras y consigues aliviar.

III.

La caridad estiende tanto sus beneficios que es imposible señalarles un término.

No se contenta con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con aliviar todos los dolores; la caridad perdona tambien las ofensas y no hay injuria que no haga olvidar su plácida dulzura: ella pone una venda ante los ojos para ocultar á su mirada los defectos de los que nos rodean, y nos hace la vida risueña y feliz.

No creais, lectoras mías, que la caridad exige al que ha de practicarla que se cubra de toco sayal; ningun penoso sacrificio nos impone la virtud general para que la practiquemos y de todas las virtudes no hay ninguna que tan suave y fácilmente pueda ejercerse como la caridad.

En todas las situaciones de la vida puede practicarse.

La mujer que, por su elevada posicion, concurre todas las noches á brillantes saraos, si huye de la punible murmuracion, si es indulgente, si muestra esa suave dulzura que emana de un corazon sano, si evita la crítica mordaz en la cual, por otra parte, no puede mezclarse sin que su decoro se degrade, ejerce la caridad.

La madre de familia que enseña á sus hijos pequeños á que den á un pobre niño mendigo el dinero que iban á emplear en dulces, ó los dulces mismos que acaban de comprar, ejerce la caridad de un modo muy agradable á los ojos de Dios.

El hombre que enseña á sus criados con dulzura y humanidad lo que necesitan saber para salvarse y cuida de que cumplan con las prácticas de nuestra santa religion, ejerce la caridad de una manera muy meritoria.

El que paga bien y puntualmente á los artesanos que emplea en su servicio, ejerce tambien la caridad.

Esas mugeres, nobles y hermosas, que dejan las comodidades de su gabinete para ir á visitar y socorrer en las bohardillas las miserias ignoradas y enjugar las lágrimas del infortunio, ejercen la caridad de un modo admirable.

Así, pues, no creais, jóvenes lectoras mías, que únicamente os es dado admirar á la caridad y á sus hermanas, sin practicarla: la virtud puede ejercer-

se en todos los estados, en todas las circunstancias de la vida: la virtud no es adusta; si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido.

Quizá el deber amedrenta porque no siempre se le comprende.

Para hacerle comprender diré que la sola palabra *deber* tiene un encanto indecible para la mujer que abrigue un alma tierna, cualidad que, por fortuna, dejan muy pocas de poseer, y que su cumplimiento nos alcanza dos recompensas: una en la tierra con la satisfacción interior que se experimenta con el mero hecho de practicarle, y otra en el cielo, mas grande, mas gloriosa porque se recibe de las manos de Dios.

IV.

La caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en un placer muy dulce para la mujer.

Porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal mas rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupacion de la mujer, es el amor; ¿y qué otra cosa es la caridad, que un amor grande, generoso y purificado?

La mujer debe ser indulgente por carácter y por corazon y la indulgencia bondadosa es tambien caridad.

El sexo fuerte tiene ocupaciones y cuidados de que nosotras estamos exentas: porque, á mi juicio, el deber del hombre es procurar á su familia la subsistencia y el bienestar: el de la mujer se reduce á administrar bien y celosamente lo que su marido gana y á embellecer todo cuanto le rodea.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la mujer está únicamente consagrada al amor.

Porque amar á su esposo es procurar que halle en su hogar comodidades y bienestar.

Amarle es recibirle cariñosamente: amarle es conservar en su corazon y en su alma una alegría sincera é igual.

Amarle, en fin, es cuidar de que los objetos en que se fijan sus ojos le sean agradables.

La caridad debe ser, pues, una ocupacion en la mujer por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo le ha deparado sobre la tierra.

A la mujer que reciba en su pecho á esa bella hija de la Religion, Dios la colmará de dichas y de prosperidades: en pos de la caridad vendrán la Esperanza, y la Fé, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay padecimiento que no endulcen esas mensageras del cielo.

Si.... ¡Feliz aquella que les abriga bajo su techo! ¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos.

Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen.

Las bastardas pasiones no combatirán jamás su seno.

La felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad existe en nosotros mismos y solo una conciencia pura puede darla.

Sí, por vuestro daño, habeis nacido con una imaginacion ardiente, no la calcineis con sueños vanos.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer.

Su poder está en el ascendiente que puedan darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes:

Su gloria en la práctica de las virtudes.

Su felicidad depende de que la sostenga la *Fé*, la halague la *Esperanza* y la anime la *Caridad*.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPIALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

PRIMERA PARTE.

I.

EL CURA DE ALDEA.

Ya que hasta el cielo
llevas la lira,
canta mi Asturias
la peregrina;
y de sus campos
la lozanía,
y del océano
la fresca brisa.

R. A.

Los que habeis vivido siempre en las provincias del interior, los que no habeis aspirado el soplo divino del océano, de ese gigante siempre admirable, siempre grande y portentoso, los que no habeis sentido resbalar vuestros piés sobre el césped eterno de las montañas de Asturias ó de las dichosas provincias Vascongadas, en vano os afanareis por comprender la vida del campo, con sus delicias, sus perfumes, sus armonías, con sus encantadores paisajes afortunados rivales de los risueños valles de la Suiza y de las pintorescas villas que esmaltan las campiñas de Italia.

No; esos grupos de casas cenicientas caldeadas por un sol de fuego, que encontramos á cada dos ó tres leguas en ambas Castillas y que se conocen

con el vago nombre de *pueblos*, no pueden daros la idea mas remota de nuestras aldeas de Asturias; esos campos inmensos como el mar, sin un árbol que proyecte sobre ellos su sombra bienhechora, sin ríos, sin fuentes, sin lagos, sin flores; esos océanos de trigo, medrosos como el desierto y en cuya atmósfera de polvo no brilla una nube, no pueden haceros adivinar aquel terreno desigual y lleno de encantos, aquellas quebradas soledades, aquellos campos poblados de bosquecillos, aquellos valles cortados por montañas encantadoras y siempre verdes en cuyas faldas brotan dó quier rústicas fuentejillas y diminutas cascadas, donde las cabras escalonadas por los derrumbaderos encuentran á todas horas sombra para sestar y agua cristalina para apagar su sed.

Las aldeas ó pueblos de Castilla, áridos, claros, y entregados esclusivamente al cultivo de cereales en grande escala, tienen sus calles, sus plazuelas, su plaza Real ó Constitucional (según las circunstancias), cárcel, iglesia y municipalidad que gobierna con la mas ruda arbitrariedad.

La aldea asturiana no se parece en nada á las pequeñas villas que hemos descrito, y que están organizadas como otra poblacion cualquiera. La aldea asturiana es el caserío esparcido aquí y allá en los campos, sin órden ni regularidad alguna, sin distancias marcadas; es la vivienda oculta entre el follaje, con su *pumarada* (1), con su huertecillo de legumbres cercado siempre por la verde muralla de zarzosa; la aldea es el molino que baña los piés en el riachuelo, la fuente que serpentea por entre las peñas, la torre (2) del propietario que levanta su cabeza sobre las humildes casitas de los labradores, y el castillo feudal que domina la cumbre de la colina y que remonta su antigüedad hasta las correrías de los piratas normandos por la costa cantábrica.

En esa aldea diseminada y pintoresca cual ninguna, no hay calles, no hay plaza, no hay mercado, no hay una simple tienda de abacería, no hay una autoridad que gobierne y para cualquier negocio judicial, como para proveerse de lo mas necesario para la vida, es preciso ir á la capital del concejo, que es donde reside la autoridad, así judicial como militar ó gubernativa, de una porcion de parroquias campesinas.

¡Cuántas veces la aldeana que torna de la *villa* (3), cerca ya de su choza, se ve obligada á deshacer lo andado y volver atrás en busca de unas hebras de hilo ó un pliego de papel de escribir, encargo del señor cura, que se dejó olvidado en una tienda de la villa!

Y no se crea por eso que aquella aldea que vive por decirlo así *de su cuenta*, es una república desordenada y bulliciosa; nada de eso: allí está un al-

calde pedáneo que rarísima vez tiene que acordarse del cargo de que se halla investido.

Pacíficos, alegres, honrados hasta lo increíble, aquellos leales habitantes se consideran felices con sus románticas viviendas, sus maizales y sus hermosas é inofensivas vacas, que forman casi la riqueza principal del labrador y á las que se cuida con igual esmero que á un individuo de la familia.

Pero si bien estos sencillos habitantes se hallan alejados de la esfera de accion de la autoridad administrativa, si ningun lazo visible de respeto á la sociedad los liga y embaraza; ecsiste sin embargo una poderosa germanía moral, un lazo misterioso, indefinible, un poder que está sobre toda autoridad humana y que es para las numerosas familias diseminadas por los campos el código que rige, la autoridad que ordena, el oráculo que clama incesantemente. "Amaos los unos á los otros."

Ese poder, ese lazo, es la Religión.

Aquellos caseríos esparcidos como nidos de paloma y que no poseen apenas comodidad alguna, forman diferentes parroquias y tienen de trecho en trecho sus iglesitas situadas á largas distancias, á veces á media legua y aun mas, con sus pastores espirituales que atienden á sus necesidades religiosas, sus cementerios donde los hijos van á descansar al lado de sus padres, como aquellos descansan junto á los suyos, confundiendo así en algunos piés de tierra todas aquellas existencias ignoradas aunque no siempre exentas de las borrascas que agitan dó quier el corazon humano.

Entre las aldeas que pertenecen al fértil y hermosísimo valle de Carreño, en Asturias, ninguna mas hermosa, ninguna mas risueña que la de Albandi, pequeña feligresía enclavada entre el *Aboño* que baña sus piés, la hijuela de Prendes su hermana gemela en galanura y la escabrosa costa del océano cantábrico.

Albandi era á mediados del siglo XVIII poco mas ó ménos lo mismo que es hoy; los cien años que han pasado desde entonces no han variado en nada la forma de sus caseríos, los senderos de sus campos ni la grandeza de sus bosquecillos naturales. Ahora como entonces, todo es allí sencillo, encantador, como la naturaleza cuando no ha pasado aun por ella su nivel el genio de la civilizaci6n moderna. Caseríos pequeños ahumados y faltos de comodidades, campos de luz, pumaradas alegres salpicadas de asientos rústicos guarnecidos de yedra, huertecillos cercados de zarzosa, florida muralla que rodea siempre en Asturias los campos, los maizales y los bordes del camino real, huertos patriarcales donde la rosa blanca se enreda entre las legumbres, donde la vegetaci6n lozana y vigorosa brota gigante por los intersticios de las piedras, donde las plantas no han menester mas riego que el poderoso jugo de aquella tierra privilegiada, dó á cada paso brota una fuentejilla.

La casa del cura situada sobre el camino real de Candas, era en aquella época una vivienda de pobre aspecto y de muy escasas comodidades.

Una puertecita de una sola hoja que daba al ca-

(1) Bosquecillos de manzanos plantados á las inmediaciones de las casas.

(2) Las casas de campo que tienen un piso alto.

(3) Allí no se llama villa sino á la capital ó metrópoli de todos aquellos caseríos.

mino y una rejilla ruin y cuadrada como los mecinales de los establos, constituían la fachada de aquella pobre construcción que nadie hubiera tomado por presbiterio.

Entrando en la casa se encontraba en vez de portal la cocina, que sin chimenea ni mas respiradero que la rejilla citada, estaba ennegrecida por el humo y oscura como boca de lobo. Un banco de madera que, á guisa de escaño estaba colocado junto á la lumbre, habia adquirido con el tiempo un negro luciente y fino como el del ébano; al pié del escaño el horno para cocer la boroña, (1) sobre él, los palos donde se recogían las gallinas, y en la pared un "escudillero" de mimbres, donde brillaban por su limpieza hasta dos docenas de tazones de barro negro y poroso, llamados vulgarmente "escudillas" y que merced á sus dimensiones hacen en aquellas aldeas el servicio de taza y plato á la vez.

En frente de la puerta y tan negra como el escaño levantábase una mal segura escalerilla que conducía al piso principal, pues la casa del cura aunque pobre en apariencia tenia tambien su torre con una alegre salita situada hácia la parte del mediodía. En el piso bajo y detrás de la escalerilla estaba la habitacion de los criados con su salida interior á la huerta; gran estension de terreno que se extendía por los tres costados de la casa, rodeándola por todas partes de un manto de verdura.

La salita que formaba la torre era clara y alegre como todas las habitaciones que gozan del sol del mediodía.

Enfrente de la puerta, un raquíto balconcillo de madera con dos vidrios en las contraventanas, casi siempre abiertas; á derecha é izquierda dos espaciosas alcobas, sanas y ventiladas por grandes ventanas que, como el balconcillo, caían á la huerta, formando una fachada salpicada por varias partes de grandes piedras de jaspe encarnado, en el que abundan sobre manera las productivas canteras del valle de Carreño.

Nada mas encantador que aquel ruin y raquíto balconcillo de madera que ocupaba el centro de la sala.

Sombreado por una parra que ocultaba entre sus festones el grosero marco de pino, prestándole á la vez un fresco y ondulante cortinaje de verdura, situado á un hermoso sol de mediodía, era el sitio favorito del párroco, que pasaba en él una gran parte de su vida solitaria, era una fresca y encantadora jaula donde un alma inspirada hubiera entonado á todas horas himnos de amor á la divinidad.

Enfrente del balconcillo elevábase un hermoso naranjo, cuyas olorosas flores penetraban en alas de la brisa por el balconcillo, alfombrando el piso de la salita y llevando su perfume hasta las alcobas. Debajo del naranjo y como encariñadas con su sombra estaban colocadas en círculo, tosecas macetas de

barro encarnado, donde crecían delicadas flores. Aquel jardinillo singular, aquel cuidado en reunir las flores mas bellas, y las plantas mas aromáticas, tenían un no sé qué de exótico en aquel pais, donde como hemos dicho antes, la rosa crece mezclada con la ruda y las matas de claveles descuellan entre las coliflores y las lechugas.

Las vistas del balconcillo eran soberbias; al traves de las ramas del naranjo, cuya copa habia sido dividida por una centella, se veía en primer término la huerta, que bajaba en suave declive hasta besar con los últimos árboles de su pumarada un riachuelo claro y limpio, cuyo nombre ignoramos; mas allá se extendían los abigarrados campos de Albandi confundidos en lontananza con las frescas alamedas de Prendes, y allá á lo lejos en último término levantábase en la cumbre de una colina, el magnífico y severo castillo de Prendes, antiquísima fortaleza feudal que se remonta hasta el siglo X desafiando todavía con sus espesos muros el poderío del tiempo que no ha logrado abatir su coronada frente: (1)

El eclesiástico que gobernaba entonces aquella parroquia, era un hombre de unos 44 años, bajo, rechoncho, colorado, de pómulos salientes y rojizos, labios gruesos y nariz extraordinariamente abultada. Dotado de un corazon escelente y compasivo, gastaba una parte de sus haberes, en remediar las necesidades del feligrés apurado, aunque tenia un tino tan especial en el ejercicio de su caridad, que sus limosnas le producian casi siempre ciento por uno.

Sin que se le hubiese tachado nunca de sensual, ni hubiese dado que decir con ninguna de sus criadas, era el señor cura muy dócil y condescendiente con las hembras que ejercian sobre él un poder absoluto. "Tratándose de mugeres, decia sencillamente el buen párroco, no puedo tener voluntad propia." Y tanto era así que andaba siempre como un fraile Francisco, siendo el ama la omnimoda señora del presbiterio y su especial administradora.

El traje del señor cura, era sencillo, usado y desnudo de toda elegancia; una sotana raída de balleta negra, unos manteos de lo mismo y un sombrero de forma bastante parecida á los sombreros de teja, aunque de menores dimensiones, formaban todo su atavío que completaban un alza-cuello, no muy limpio y un pañuelo de algodón de cuadros azules y blancos metido entre el cordón de la sotana.

El gracioso giro de la parra sobre el balcon, el gusto con que estaba arreglado el jardinillo, aquellas macetas, aquellos aromas, todo estaba proclamando que una muger jóven y aseada habia pasado por allí.

Y sin embargo el ama del cura era una muger de cincuenta años, enfermiza, fea, y oscura como una lechuza, cuyo desaseo se reflejaba en los hábitos

(1) Pan de maiz, que es la principal industria del valle de Carreño.

(1) El torreón de Prendes, robusta fortaleza de las que los nobles asturianos edificaban á poca distancia de la costa, para defenderse contra las invasiones de los piratas normandos; pertenece hoy á los marqueses de Campo-Sagrado.

de su amo, una arpía que odiaba las flores solo porque eran hermosas y que se gozaba en gruñir y maldecir de todas las jóvenes de la aldea, reconciliándose tan solo con las que habían cumplido 30 años.

Aquel ser antipático por excelencia, era la primera ama de cura que no se haya grangeado la voluntad de su señor. Era sí, la dueña de la casa porque como hemos dicho antes, el buen amo no sabía reñir con las mugeres; pero en el fondo de su corazón no experimentaba hacia ella el cariño que le habían inspirado sus predecesoras, cariño de buena fé, casi fraternal, que la maledicencia misma había respetado.

La vida del sacerdote era por lo tanto muy insípida: levantábase al alba para decir misa, iba en seguida recorriendo las casas de los feligreses mejor acomodados, donde casi siempre se desayunaba, merced á los polvos de tabaco con que brindaba á las viejas, y despues de dar una vuelta por los sembrados, tornaba á su casa donde tomaba el chocolate que la señora Pepa de Rica (1) le tenía siempre preparado.

En seguida se bajaba á la huerta, regaba las flores suspirando como un enamorado, y volvía á subir á la sala, á cuyo balconcillo permanecía arrimado hasta la hora de comer.

Durante estas horas ni una sola palabra se cruzaba entre la criada y el amo; la Pepa de Rica, malbarria, mal-fregaba y gruñía sin cesar; pero como hilaba grandes telas de lino y estopa, como no dejaba que se estraviase entre la leña un solo huevo de los que ponían las gallinitas, D. Mendo la dejaba gruñir, maldecir, y aumentaba poco á poco su ropa blanca que es en aquel país el orgullo de toda casa bien gobernada.

Durante la comida, que se verificaba siempre al toque de mediodía, el sacerdote hacia constantemente dos ó tres preguntas á su ama para las que empleaba siempre las mismas frases.

—¡Señora ama! le preguntaba en tanto que se enfriaba el caldo; ¿han traído alguna cosa?

Por lo regular, Pepa de Rica meneaba solemnemente la cabeza.

—¡Señora ama! volvía á preguntar el cura; ¿le han entregado á V. algun dinerillo para misas?

Ordinariamente el ama repetía su movimiento negativo, pues como Albandi se componía solo de pobres labradores, eran muy pocas las misas que se mandaban decir, escepto en casos de muerte ó enfermedad, en que se entendían con el mismo señor cura y no con el ama.

—¡Señora ama! preguntaba por tercera vez Don Mendo, dejando por un momento de comer: ¿Cuántos huevos han puesto desde ayer esas endiabladas gallinas?

Entonces la Pepa de Rica, refería minuciosamente á su amo, los huevos que habían puesto

las gallinas, los husos que había hilado, y las novedades que corrían por la aldea; desquitándose en aquella media hora del silencio forzoso que se veía obligada á guardar con frecuencia.

En tanto que Pepa de Rica continuaba hablando, el cura devoraba rápidamente cuanto se presentaba á sus ojos, y no se levantaba de la mesa hasta encontrarse completamente harto.

Aquel excelente párroco que no vacilaba en levantarse á cualquiera hora de la noche para responder al menor llamamiento de sus feligreses; aquel hombre exento de la vanidad hasta rayar en el desaseo, exento de ambición como de todo pensamiento sensual, se veía dominado por un pensamiento único, por un vicio grosero, y que el catecismo nos consigna como uno de los pecados capitales.... "la gula."

Despues que su estómago no podía ya contener una partícula mas, Don Mendo se acostaba á dormir la siesta por una hora, asomándose en seguida al balconcillo donde permanecía hasta la caída de la tarde con los brazos cruzados sobre el antepecho, sin hacer nada, sin pensar en nada, ora echando puñados de maíz á las gallinas que corrían por la huerta, ora siguiendo con los ojos la avejilla que cruzaba el espacio, ora en fin, contando las hojas del naranjo; operacion interminable, en la que se perdía á cada momento, y que volvía á principiar para perderse de nuevo.

Durante aquellas horas de soledad, Don Mendo sufría impasible la impresion del calor ó del frío sobre su calva rubicunda y reluciente como un espejo, pero de vez en cuando, fijaba la vista en las macetas de flores, alargaba el cuerpo fuera del balconcillo para verlas mejor, y frunciendo las cejas murmuraba algunas palabras ininteligibles, volviendo á los pocos minutos á su inmovilidad acostumbrada, interrumpida solo por el golpe de la garapiña (1) sobre la baranda, y el estrepitoso ruido con que absorbía sendos polvos de tabaco, cuyo polvillo colorado se pegaba sutilmente al pecho de su sotana, prestandole un colorecillo atornasolado y asqueroso.

Á puestas del sol, Don Mendo tomaba su sombrero y su baston, y echándose sobre los hombros un enorme balandran de paño azul que había heredado de su padre, regaba las flores, y salía á dar su paseo por la aldea, merendando en tres ó cuatro casas de feligreses, y tornando á la suya poco despues de las oraciones, hora en que Pepa de Rica le tenía ya preparada una cena suculenta y suficiente para media docena de personas.

Poco afecto á la lectura, como sucede casi siempre á los glotonés, solo tomaba el breviario para las oraciones precisas, las que rezaba rápidamente, pues como decía muchas veces Pepa de Rica: "el rezar es comida seca."

Concluido el rezo, entraba el sacristan á jugar con él á los cientos hasta las diez en invierno y las once en verano, hora en que se levantaba el tapete; y Don Mendo previó un cortadillo de vino añejo con una sopa de azúcar y canela para ento-

(1) En los pueblos pequeños hay personas que ignoran su propio nombre, siendo conocidas tan solo por sus apodos.

(1) Fusique.

nar el estómago, se acostaba en la alcoba de la derecha, soñando con el número de chocolates que se le depararian al día siguiente al volver de misa, y roncando estrepitosamente hasta que las aveci-llas que anidaban en la copa del naranjo, le anun- ciaban con su ruidosa algarabía la venida del sol.

II.

EL NIDO DE PALOMAS.

No hay cosa que no dé indicio
por alguna vía ó modo,
antes que caiga del todo
amenaza el edificio.
Amenaza la tormenta
el viento y el mar airado,
primero se ve el nublado
de lo que llover se sienta.

ALVARO HINOJOSA Y CARVAJAL.

Una hermosa mañana de verano levantóse D. Mendo de mal humor y marchó á decir misa sin dar los buenos días á su ama, ni detenerse siquiera á regar las flores del jardinillo, operacion que no confiaba jamás á manos profanas.

El sacerdote despues de haberse levantado á la una de la mañana para administrar el viático á una enferma de la parroquia de Prendes, á la que encontrara ya casi fuera de peligro, no habia podido conciliar el sueño, pasando la noche en ociosas cavilaciones y punzantes recuerdos de mas alegres días.

Era martes y D. Mendo supersticioso como el último de sus feligreses.

Al entrar en la iglesia notó que en la especie de palomar que hacia de torre, habia un enorme agujero irregular, y que sobre el tejadillo estaban desparramados fragmentos de pared y plumas blancas y cenicientas, algunas de ellas salpicadas de sangre.

El cura se arregló los espejuelos que no se quitaba mas que para dormir, y reconoció con disgusto que el nido de palomas, vinculado en la torre de tiempo inmemorial, acababa de desplomarse aquella madrugada, arrastrando en su caída á los pichones nuevos que habian quedado aplastados entre las ruinas.

—Eh! Gorin (I), exclamó con tono agrio dirigiéndose al sacristan-maestro, que volteaba el esquilon para llamar á misa.

El sacristan cesó de tocar.

—¿Quién demonios ha derribado el nido de palomas?

—Eh! pregúnteselo vuesa merced á los animalitos que han quedado deshechos entre las piedras.... Cuando yo llegué á tocar las oraciones ya estaba hecha la catástrofe.

—Salvaje! exclamó el cura apoyándose con mas fuerza en el encorvado puño de su descomunal paraguas de percal azul; ¿y quién oirá ahora á la se-

ñora Pepa de Rica, que estaba acostumbrada á tenerlos contados y recontados como las cuentas de sus camándulas? mal agüero, Gorin, mal agüero.

—Mal agüero para el bolsillo de vuesa merced, señor cura, que lo que es para mí.... se me quita la pejiquera de alcanzarlos, matarlos y pelarlos.... No todos los sacristanes hemos nacido para probar pichones.

Y Gorin temiendo la respuesta del cura, para quien aquellas palabras envolvian una alusion picante, volvió á tocar de nuevo con mas estruendo que antes de su llegada.

El esquilon llevaba su sonido por aquellos campos, llamando con su voz estridente á los ancianos inútiles ya para las faenas del campo, y á las piadosas mujeres que abandonan precipitadamente sus hogares para acudir al llamamiento de la iglesia.

En aquel pais leal y confiado por escelencia, las puertas se quedan abiertas de par en par sin que falte de la cocina una escudilla, por mas que los guardianes sean ordinariamente criaturas de dos ó tres años.

El cura entró en la iglesia pensativo y deseando volver á salir lo mas pronto posible: la caída de aquel nido, que tan buenos ratos habia proporcionado á su estómago, le entristecia como una verdadera desgracia.

La concurrencia era escasísima como en todos los días de trabajo; el cura dijo la misa en un santiamen y salió sin detenerse, volviendo á contemplar el campanario con una preocupacion singular.

Gorin de Provecho cerró la iglesia y se reunió con el señor cura, caminando ambos fraternalmente á la sombra del portentoso paraguas que llevaba el primero.

—Vamos, Gorin; dijo amigablemente D. Mendo con cierto aire de proteccion; todos sabemos que eres un buen sacristan.

—Será hoy, señor cura, porque lo que es en los nueve ó diez meses que llevo de "ambos empleos," no hay un día en que vuesa merced no saque á reducir al difunto Mingo Buracos (1) que no sabia otra cosa que irse á las peñas de Entrellus á pescar las anguilas y los botones para la cena de vuesa merced.... tal pago le dieron ellos!

—Gorin! Gorin! deja en paz á los difuntos y hablemos de las palomas.

—Pero ¿y qué quiere vuesa merced que diga yo de las palomas? Se cayó el nido; unas quedaron hechas jigote, otras echaron á volar, y Laus Deo.

—Oye, Gorin; dijo el cura mirando de hito en hito al atrevido sacristan: vamos á tu casa, porque tengo que hablarte á solas.

—A mí? exclamó el sacristan un poco sorprendido; pues á bien que estamos en el campo.... sentémonos á la sombra de un castaño y diga vuesa merced lo que guste.

—Es que no es cosa muy á propósito para el campo.... vamos á tu casa, y en tanto que probamos las tortas de mi señora la sacristana....

(1) Diminutivo de Gregorio.

(1) Domingo Agujeros.

—Es que hoy no ha hecho tortas, señor cura.... andaba la cibera tan escasa!

El cura le volvió á mirar de hito en hito.

—Pues bien; es igual; en tanto que tomamos un vaso de leche acabada de ordeñar....

—Es.... que toda se la han llevado para la aldea de Prevera, señor cura.

—Bien; pues en tanto que tú, que estás así delicado tomas el chocolate....

—Una sola onza quedaba en casa y la he tomado antes de salir, porque me trabaja mucho el flato desde la salida de anoche.

—Ah! maula! exclamó el cura rojo de ira y retirando su paraguas para dejar á Gorin espuesto á los rayos del sol. ¿No quieres que vayamos á tu casa? pues bien, aquí te lo diré, y no faltará un aldeano trasmo bardial (1) que escuche tu deshonor.... tú, tú eres quien ha derribado el nido.

—Yo? señor cura! exclamó Gorin poniéndose colorado como un pimiento: yo?

—Tú, envidioso de Satanás, que tienes el alma vendida al diablo desde que naciste.... ¿Sabes tú lo que es la envidia, Gorin? el mas tremendo de los pecados capitales...tú tienes envidia de los pichones, porque yo me los como; tú tienes envidia del nido, porque era el ojo derecho del difunto Mingo Buracos.... tú tenias envidia de Mingo, porque era el marido de la sacristana, (Q. D. G.) tú tienes....

—Señor cura! exclamó el sacristan palideciendo como la cera; por los clavos de Cristo, hable vuesa merced mas bajo.... yo? yo?... no diré que no me haya alegrado de lo del nido.... pero en cuanto á lo de Entrellus.... le juro....

—Ah! malvado, replicó el cura sujetándole fuertemente por el brazo; tu conciencia te vende; yo he guardado mis sospechas en el corazon por un sentimiento de caridad hácia un feligrés; pero te ha llegado la hora.... hoy mismo pondré en conocimiento del señor conde de Santarua, como se ha caído el nido de palomas, el parentesco que tienen esas palomas con los peces de Entrellus, tus miras deshonestas hácia la sacristana, y la santa mujer que te aborrece me ayudará con sus declaraciones y veremos, sí, señor Gorin de Provecho, veremos.

—Señor cura! exclamó el infeliz sacristan juntando las manos; ruego á vuesa merced que venga conmigo, y allí á la sombra de la casa me dirá todo cuanto quiera; vamos, vamos.

—No! dijo el cura como vacilando; hace mucho sol, y la señora Pepa de Rica me estará aguardando con el chocolate.

—¿Mejor que lo que hace mi sacristana, señor cura? Eso sí que no, que lo tomaremos si Dios quiere con picatortas.

—Ea, Gorin, vamos enhorabuena; dijo el cura estendiendo de nuevo sobre el sacristan la benéfica sombra de su paraguas; no se dirá que el cura de Albandi se ha negado á la súplica de un.... de un pobre mentecato que ha tenido la debilidad de....

—Chit! despacio, señor cura, despacio por Dios,

se me figura que detrás de aquella sebe (1) veo meñearse un bulto....

—Pues!.... ahora, "despacio, señor cura," y antes "qué se yo de las palomas, y la cibera y el chocolate" y todas esas miserias de sacristanes tícos.... y....

—Todo lo que vuesa merced quiera, señor cura; pero vamos, vamos que aprieta el calor.

A los pocos minutos llegaron á la casa del sacristan que estaba situada no lejos de la iglesia.

La sacristana flaca y estirada como un espectro, se ocupaba en sacar la boroña del horno.

El sacristan un tanto demudado y sudando bajo la triple acción del miedo, del calor y de su chaqueta interior de bayeta amarilla, entró en la casa fingiendo buen humor y arrastrando del brazo al señor cura hasta la misma piedra del hogar.

—La mujer casada, la pierna quebrada y en casa, señora sacristana; dijo el cura asomando la cabeza para ver si columbraba las tortas dentro del horno.

La sacristana en lugar de celebrar los chistes del cura como de costumbre, se sonrió con desden volviendo á su tarea de menear la pala.

—Vamos, María, had al instante el chocolate con picatortas, que el señor cura ha madrugado mucho: pronto, pronto.

La sacristana no se movió.

—Vamos, mujer de Dios! date prisa por la Virgen Santísima.

—¿Y de dónde he de sacar yo el chocolate? preguntó la sacristana mirando de hito en hito á su marido.

—Ah! exclamó el sacristan dándose una palmada en la frente; y es verdad que te dije que me tomaba yo la última onza: pero.... qué quieres que te diga? no sabes de la misa la media; ven, María, ven al momento.... y vuesa merced, señor cura, acomódese en el sillón, que no hago mas que ponerme el gorro y soy con su merced.

El sacristan entró precipitadamente en la salita, donde le siguió su mujer un tanto mohina y cavilosa.

—Por Dios, María, exclamó Gorin cruzando las manos; had al momento el chocolate con picatortas, y saca la leche y las tortas y cuanto haya en casa.

—Pero estás en tu juicio? exclamó la sacristana en el colmo de la admiración.

—Sí, sí, lo estoy, María; y sácalo al momento porque si nó estamos perdidos.

—Perdidos! repitió asustada la sacristana: ¿pues no decias esta mañana que ibas á derribar el nido, y que malhaya otra gota de leche que te chupaba, y que....

—Sí, sí, mujer; pero han pasado grandes cosas.... me ha ofrecido.... qué sé yo?... Si quieres gastar saya de anascote y mantilla de sarga, es preciso que echemos la casa por la ventana.

(1) Cercado de zarzales.

(1) Cerca.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

VI.

PÁGINAS DEL CORAZON.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde y fulguró durante algunos segundos: era la ira que ardía en su corazón como el cráter de un volcan.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido aniquilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa cabeza que habia amenazado: apagóse el fuego de los ojos del conde y las facciones de este tomaron cierto carácter de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes como si hubiera querido ahogar completamente los rastros de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa con voz firme:

—Levantaos.

La pobre jóven obedeció y permaneció delante de él inmóvil, y con la cabeza doblada sobre el pecho. Durante algun tiempo volvió á reinar el silencio. Clotilde no tenia palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que necesitaba, y no podia separar sus ojos de aquella mujer que le parecia mas bella, mas jóven, mas encantadora que nunca.

Apesar de su enojo, el abatimiento de Clotilde, aquel abatimiento, que, si probaba su crimen, probaba tambien hasta que extremo desconocia el arte del disimulo, le enternecia profundamente, disipando á su pesar las negras nubes que invadían su alma.

Mas aquella emocion no duró largo rato; bien pronto el recuerdo de su perdida felicidad, las memorias de sus pasadas ilusiones volvieron á encender en su alma un furor que le devoraba y hacia hervir toda su sangre.

Pudo empero volverse á dominar, y dijo á Clotilde señalándole un sillón.

—Sentaos.

Esta obedeció, paciente y muda, la segunda órden como habia obedecido la primera; pero su conmocion, producida por la difícil posicion en que se encontraba; y su espanto, originado por la escesiva timidez y blandura de su carácter, se habían tanto disipado, y al ocupar el asiento pudo fijar en el semblante de su marido sus dulces ojos.

Aquellas nobles facciones, aquella mirada, cuya bondad tenia tan conocida, acabaron de estirpar de su alma las sombras del terror y llevaron la serenidad á su ánimo.

—Pero, qué te ha ofrecido, Gorin? Dímelo por Dios.... quién sabe lo que será!

—El chocolate, el chocolate, mujer! (Eh! señor cura, voy al instante.)

—Pero qué te ha ofrecido? Ay, Dios mio! parece que no me amaño á hacer nada hasta que me lo digas.

—Me ha ofrecido, dijo por fin el sacristan su- dando como un pollo; me ha ofrecido.... la sacristania mayor de la.... catedral de Oviedo.

—De Oviedo! exclamó la sacristana sin acabar de dar crédito á lo que oía. De Oviedo! ay, Gorin demi alma!... y quién me verá á mí por aquel campo de S. Francisco!

—El chocolate! el chocolate! el chocolate! repetia Gorin empujándola violentamente hácia la cocina, adonde llegaron al mismo tiempo que el cura estaba pasando revista á la boroña.

—Señor cura, dijo Gorin acomodándose el gorro de seda negra: estas mujeres son el demonio.... ¿pues no se le antoja á María que traemos algun secretillo entre vuesa merced y este prójimo?

—¡Y como que no se les conoce á los señores hombres cuando traen algun segilo!.... pero, señor cura, ¡qué guapeton y qué rollizo que está vuesa merced! pero mudando de conversacion; ¡qué guapa que será la torre de la catedral de Oviedo! ¿verdá, señor cura? ¡y qué lujo que habrá en aquella villa!

—María! exclamó Gorin acercándose á la lumbré; ¿qué tienes tú que ver con Oviedo, ni.... cállate, mujer de Dios! añadió guiñándola el ojo.

—Vamos, que yo bien sé lo que me pregunta la señora sacristana; dijo el cura con afectada sonrisa: apuesto á que lo que la importa no es la torre ni cosa que lo valga, sino la vestimenta de la sacristana.... eh?

—Eso mismo, señor cura: ¡pero cuánto sabe vuesa merced! Por eso estudian tanto los señores curas.

—Pero.... habrá Babieca! murmuraba Gorin temblando de que María lo echase todo á perder.

—Vamos, Gorin, que estás hecho un veneno, dijo el cura terciando y estendiendo sobre la mesa su pañuelo de cuadros azules; no hay que tomar las cosas tan á pechos. ¿Cómo quieres tú que á la sacristana no la pique la curiosidad de saber lo que gastan en Oviedo las de su clase, si á nuestra madre Eva la levantó los cascotes la serpiente hablándola del lujo? La herencia no quiere renuncio, Gorin, y todos somos hijos de Adán y Eva.

En tanto que D. Mendo largaba aquel trozo de oratoria sagrada, María habia colocado sobre la mesa una gran jícara de chocolate flanqueada por tremendas picatortas de pan envueltas en miel y canela.

Al lado de aquel suculento desayuno brillaba por su limpieza un gran jarro de leche cubierto con dos tortas de pan de maiz acabadas de salir del horno.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

OCTUBRE.

Los afectos profundos y legítimos son otros tantos consoladores del alma.

—Augusto, dijo Clotilde mirando á su marido con alguna emocion, pero tambien con aquella tranquilidad que emana de la conciencia, te doy gracias por haberte anticipado á mis deseos esperándome aquí. Yo deseaba mucho justificarte lo que ha sucedido poco há, y tú sin duda adivinándolo has venido á encontrarme para oír esa esplicacion.

—La espero, señora: repuso el conde friamente.

—Oyeme, pues, Augusto; continuó la condesa juntando sus manos con una gracia llena de encanto y sencillez; óyeme y cree lo que te diga, porque nunca he sabido mentir: mi sola culpa consiste en haberte callado mis primeros é inocentes amores; pero mi padre me mandó que así lo hiciera creyendo en su orgullo que me degradaba confesándote que habia amado á un jóven sin títulos de nobleza y sin fortuna.

—¡Luego le habeis amado! exclamó el conde sorprendamente.

—¿A qué negarlo? contestó Clotilde sin reparar en la espresion que habian tomado las facciones de su marido, y ocupada solo en recordar todas las circunstancias de sus adolescentes amores; sí, continuó elevando al cielo sus rasgados ojos, á través de cuya húmeda llama, se veia radiar toda la ternura de sus recuerdos: sí, Augusto; yo creo que le amé, puesto que por él desobedecia á mi padre y le veia cada noche á través de las rejillas de mi cuarto.

Pero Fernando no era de mi clase y hubiera sido imposible además, que mi padre hubiera permitido que me casara con él, no habiendo cumplido yo todavía diez y seis años.

—¿Dónde le conocisteis? preguntó el conde dominándose porque deseaba saberlo todo y conocia que su esposa perdía el hilo de su narracion, dejándose llevar del entusiasmo de sus recuerdos.

—Le conocí en Valencia, contestó Clotilde: yo vivia con mi padre en la ciudad, cerca de la cual radica como sabes, casi todo el patrimonio de mi madre, oriunda de aquel pais: Fernando vivia con su familia en Segorbe, pequeña ciudad del mismo reino.

Una mañana de estío salí yo de Valencia con mi padre para dar un paseo á caballo: Fernando habia salido con el suyo del Grao, donde á la sazón se hallaba, con el mismo objeto; nos encontramos en el camino.... ¡jamás, exclamó la jóven interrumpiéndose con su sublime inocencia, jamás he visto despues una mirada que pueda compararse á la que me dirigió Fernando!... palpité mi corazón con una fuerza inusitada y mis mejillas se encendieron y estuve á punto de caer desvanecida de mi caballo!

Detúvose la jóven un instante pasando por su frente, enrojecida con el calor de los recuerdos, su mano blanca como el alabastro.

El desdichado esposo se desgarró el pecho hundiéndose en él sus dedos crispados por el dolor.

Aquel hombre veia desvanecerse todos sus sueños de ventura, todas sus esperanzas de felicidad.

La única muger á quien habia amado, la única á quien podia amar, la madre de sus hijos, le abría su corazón por vez primera, mostrándole henchido de otro amor y desgarrando con cada palabra una de sus mas queridas y gratas ilusiones.

¿Qué importaba que ella misma ignorase la existencia de aquel amor? ¿Qué importaba que su inocencia le impidiese conocer su estension, si no era por eso menos grande, menos fogoso?

Jamás hasta entonces se habia revelado el alma de Clotilde: su escelente y un tanto mística educacion, su hermosa índole y la dulzura de sus sentimientos, le habian impedido mostrar toda su energía y toda la pasión que era capaz de contener: su vida en los dos años que llevaba de matrimonio, se habia deslizado sin luchas, tranquilidad y apacible: el acero no habia chocado con el iman: y el infeliz esposo conocia por primera vez cuanto podia sentir aquella virgen y rica naturaleza y cuanto pasión era capaz de contener aquel corazón tan bueno y sensible.

El llanto amargo de la desesperacion acudió á sus ojos; pero se dió prisa á tragarlo antes de que asomase, y esperó con aparente calma á que su esposa continuase.

Esta lo hizo así:

—Desde aquel dia Fernando siguió todos mis pasos: procuró hacerse presentar en mi casa; pero mi padre, á cuya perspicacia no se escapaba lo que pasaba en su corazón, se negó á recibirle y cortó de golpe y sin consideracion alguna las relaciones corteses, pero frias, que habia sostenido con el padre de Fernando.

Yo no tenia madre y por eso su vigilancia era tan celosa y tan severa. Fernando vió cerrados todos los caminos que podian acercarle á mí y tuvo que contentarse con hablarme cada noche por la ventana de mi cuarto, que daba á una calle solitaria: yo no sé como habia logrado interesar á Agueda, mi nodriza, que dormia en mi misma habitacion, y en cuyo celo tenia mi padre una ilimitada confianza.

—¡Pasásteis, pues, por todos los trámites de la seducción mas vulgar! exclamó amargamente el conde. Y qué, señora! ¿no hallais una sola circunstancia atenuante que decirme? ¿Hubo solo lo que siempre, es decir, criados sobornados y coloquios al aire libre por la noche?

Clotilde no contestó: la pobre niña conocia que alguna cosa horrible pasaba en el alma de su marido, mas solo era su instinto el que se lo avisaba, y únicamente podia darse cuenta de un presentimiento.

En cuanto al conde, dominóse de nuevo y dijo con aspereza:

—Proseguid!

—Augusto, repuso con dulzura la condesa; tú no querrá que mienta, ¿no es verdad? Si te incomoda mi narracion, callaré.... pero sería tan feliz contándotelo todo!... quedaria mi corazón descargado de un peso tan enorme!

—Proseguid! repitió impasible en la apariencia el conde.

La jóven cruzó sencillamente sus manos sobre las rodillas y su móvil fisonomía, que habia reflejado durante algunos instantes una profunda afliccion, se tornó de nuevo tranquila, apacible, casi sonriente.

Parecia imposible que aquella jóven, casi adolescente, fuese la pobre y abatida criatura que sucumbia á su dolor poco antes en el fondo de un palco en el teatro del Circo.

No era estraña semejante transformacion: en el alma pura de Clotilde el cumplimiento de un deber era el mayor de todos los placeres y ella creia cumplir con uno muy sagrado abriendo á su esposo por entero su corazon.

Entretanto en el alma fogosa del conde se alzaba una tremenda tempestad y su corazon se agitaba en un piélagó de fuego que le devoraba.

Clotilde fijó en el semblante de su marido sus hermosos ojos y continuó de esta manera:

—Los calores del estío se aumentaron y al mismo tiempo la falta de sueño, pues pasaba las noches enteras hablando con Fernando á pesar de Agueda que asistia siempre á nuestras entrevistas: la falta de sueño, digo, y el rigor de la estacion, alteraron mi salud de un modo tan sensible, que mi padre consultó á los médicos mas afamados de Valencia, quienes declararon unánimemente que estaba amenazada de una enfermedad de pecho.

Aconsejéronme los paseos á caballo, y Fernando, á quien avisé de lo que ocurría, me propuso salir todas las mañanas acompañada de Antonio, el hijo de mi nodriza: él debia esperarme en la alameda en una plazoleta rodeada de bancos de piedra y sombreada por grandes árboles, y allí tendríamos libertad para hablarnos, pues Antonio estaba ganando por él.

Yo consentí en todo: Fernando tenia sobre mí un poder irresistible: privada de mi madre, á quien no habia conocido, y acostumbrada á los modales ásperos de mi padre, que si bien me amaba jamás me lo daba á conocer, la ternura y las dulces palabras de Fernando me fascinaban como un encanto poderoso y hasta entonces desconocido.

Todas las mañanas, al dar las cuatro, me vestia Agueda: Antonio tenia en el patio dos caballos del diestro: saltaba yo sobre el uno y él me seguia en el otro.

Dirigiamonos al sitio indicado donde ya nos esperaba Fernando, que habia atado su caballo al delgado tronco de un álamo.

Antonio se separaba algunos pasos ó iba á aguardarnos á un pueblecillo inmediato y nosotros pasábamos tres horas que nos parecían tres instantes.

Además nos veíamos por la noche: Fernando no queria renunciar á ningun medio de verme: mas su natural tristeza se iba aumentando dia por dia y uno le dirigí algunas preguntas acerca de la sombría expresion de su semblante.

—Clotilde, me contestó tomando mi mano, tengo orgullo y sufro mucho al pensar que solo puedo verte á hurtadillas y ocultándome como un malhechor.

Calló esperando mi respuesta, pero yo no supe darle ninguna.

—¿Quieres casarte conmigo? me preguntó tras algunos instantes de vacilacion.

—¿Qué es eso de casarse? repuso ásperamente mi nodriza acercándose á nosotros: sabed, señor de Silva, que jamás podréis casaros con esta niña: ¡Hola! No faltaba mas! Son estos vuestros fines? Lo que yo creia una inocente aficion de niños no era otra cosa por vuestra parte que un ambicioso cálculo? Os han enamorado sus tres millones de dote, eh? Pero yo avisaré al señor duque, quien os espantará de aquí de buena manera!

Luego me separó con violencia de la ventana y la cerró de golpe.

—No llores, hija mia, continuó: ese hombre no te quiere: es un hambro sin delicadeza.... que no habia sospechado que él tuviese codicia hasta ayer que oí una conversacion entre dos señores que habia en la sala... porque toda la ciudad sabe vuestras relaciones: aquellos dos señores, á quienes no conozco, hablaban pestes del señor Silva, diciendo que queria hacer olvidar lo oscuro de su nacimiento y su plebeya fortuna atrapándote para su esposa.... desde entonces dije yo para mi sayo: sí... fresco está! se las tiene que haber conmigo!.... Yo... ya se vé.... como te quiero tanto, solo traté de darte gusto permitiendo que te hablase en mi presencia y á través de la reja... pensé que era hijo del conde F... de Segorbe, como me dijo el bribon de su criado; pero ahora, ni su sombra se arrimará á las paredes de esta casa!

En efecto, prosiguió Clotilde á cuyos bellos y rasgados ojos asomó una lágrima que se suspendió de sus largas pestañas como un diamante: en efecto! Desde aquel dia, no pude volver á ver á Fernando!.... Agueda me espiaba con un celo cruel.... y por mas que le escribi, creo que mis cartas no llegaban á sus manos: sin embargo, un dia que sentada yo junto á la reja de mi cuarto, testigo de nuestras promesas de amor, lloraba traspasado mi corazon por la amargura de los recuerdos, sentí deslizarse una mano en la canastilla de labor que habia puesto á mi lado y de la cual aun no habia tomado mi bordado.

Levanté la cabeza y ví huir á lo lejos al criado de Fernando.

Loca, delirante, me lancé á la canastilla y saqué con mano temblorosa un billete que leí con ansia y que estaba concebido en estos términos:

«Clotilde: es en vano que os molesteis escribiéndome cartas que no he de leer, y que no miro siquiera: conozco hoy lo que mi locura no me dejó conocer antes: que sois superior á mí en nacimiento y en fortuna, y que esta desigualdad pone á nuestro amor una barrera insuperable.

«Olvidadme, pues: dad vuestro amor á un hombre que os sea igual, que yo por mi parte, buscaré una muger cuya cuna y riquezas no escedan á las mías.»

Clotilde recitó esta carta con voz trémula y con las mejillas encendidas: conocíase que aquel re-

cuerto le despedazaba el corazón y que sufría terriblemente al evocarlos.

El conde devoró con su homicida ansiedad estos síntomas tan fatales para sus esperanzas; y pensó, en tanto que se hundía las uñas en el pecho, hasta qué punto había quedado grabado aquel billete en la memoria de su esposa.

Esta continuó con su dulce candidez:

—¡Mucho me hizo llorar este billete! Yo amaba aun á Fernando de Silva y estos renglones venían á arrebatarme mi última esperanza; no obstante, cansada de llorar, el orgullo recobró su imperio y me propuse olvidar al ingrato que en tan poco tenía mi amor.

Empezaba ya á conseguirlo cuando nos conocimos, Augusto: me amaste, y tu cariño cerró para siempre en mi alma las llagas de aquella desgraciada pasión.

¡Con qué alegría acepté tu mano, y qué feliz he sido junto á tí!

Interrumpióse Clotilde al pronunciar estas palabras y fijó sus hermosos ojos en el semblante de su esposo, expiando la primera señal de ternura y de perdón; pero el conde permaneció sombrío y mudo.

Ella prosiguió con menos seguridad:

—Ya te he referido, Augusto, todo cuanto ha sucedido; soy inocente, pues desde que vivo á tu lado hasta hoy no había vuelto á ver á ese hombre: su vista me ha recordado otros tiempos y me ha causado una honda sensación; pero ¿puede una pobre criatura, como yo, dominar los impulsos del corazón?

—Luego, señora, repuso el conde amargamente; luego vuestro corazón es del señor Silva? Bella esperanza de felicidad me ofrecéis para el porvenir!

—Por Dios, Augusto, por Dios, no interpreteis así mis palabras! ¿Qué más puedo hacer que decirte cuanto siento? Y aunque yo le amase, aunque tú, con tu experiencia vieses ese amor en el fondo de mi alma, ¿quién me protegería contra mí propia, si tú me desamparas? ¿Qué sería entonces de mí? Ah! exclamó Clotilde torciendo con fuerza sus blancas manos al ver la amarga impasibilidad del semblante de su marido; ¡ah! si en mi emoción ha habido crimen, castiga por ella al infame que ha arrojado á Fernando en tu camino y en el mío, solo para vengarse de los desprecios con que correspondo á su horrible amor!

Estas palabras conmovieron un tanto al Conde, quien se acercó á Clotilde y preguntó con ansiedad:

—De quién quereis hablar, señora?

—Del marqués de la Oliva: ¡oh, Augusto! si le hubieras oído esta noche en el teatro, hubieras comprendido hasta qué punto desea ese hombre vengarse de mí!

—Pero qué le habeis hecho?

—Desdeñar sus declaraciones de amor y reconvenirlo por su atrevimiento: por eso no ha cesado de buscar un motivo para perderme en tu ánimo: ha podido averiguar por fin mis relaciones de soltera con Silva, y te la ha presentado con la esperanza de que, viéndole yo, sucediese lo que no podía

menos de suceder; que mi conmoción me vendiese y te hiciese creer que le amaba!

—¡Basta, señora! interrumpió Augusto con voz de trueno: nada quiero saber de lo que os concierne... callad ya y escuchad lo que tengo que deciros.

—Pero... ¡Dios mío!

—Vos no me amáis ni me habeis amado nunca: vuestro afecto hacía mí no pasa de una agradecida amistad por los cuidados de que os he rodeado.... no me interrumpáis, Clotilde: no me amáis, os lo repito: en almas como la vuestra, el primer cariño es el que dispone de la existencia y vos no podeis olvidar jamás á Fernando de Silva!

—¿Quién os lo ha dicho? gritó Clotilde levantándose con el cabello esparcido y la actitud desesperada. ¿Quién os ha dicho que yo no os amo, que yo amo á ese hombre?

—Mi orgullo: el orgullo, Clotilde, es vuestro verdugo, aunque desgraciadamente tiene muy poca entrada en vuestra alma: el orgullo del hombre á quien amábais os hizo infeliz, pues le obligó á renunciar cobardemente á vuestra mano: el orgullo del hombre que os amaba le inspira una valentía que también le obliga á renunciar á vos!

—¿Qué quereis decir, Dios mío? Me volveis loca!... exclamó la Condesa con profundo terror.

El Conde fijó en su esposa una mirada menos dura, conmovido por su acento y actitud: los tres años de felicidad que había disfrutado al lado de Clotilde, el apasionado amor que esta tenía á sus hijos, su ternura y el cuidado que la infeliz joven había puesto desde que se había unido á él, en embellecer su vida, todas estas consideraciones se agolparon á su memoria, y un rayo de alegría brotó en su alma enlutada de negras sombras.

Hallaba una posibilidad de perdonar, y para almas como la de Augusto, conceder un generoso perdón es la mayor de las felicidades y el más grande de los placeres.

Augusto dió un paso hacía su esposa, y ya extendía sus manos para estrechar contra su pecho la abatida cabeza de Clotilde, cuando se abrió la puerta y entró un lacayo llevando una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Conde, dijo el servidor presentándole la salvilla á su amo.

Este tomó la carta y rompió el sello, en tanto que Clotilde lanzaba un grito desgarrador y el criado salía cerrando tras sí la puerta.

VII.

LAZOS ROTOS.

En el sello de lacre, que el Conde acababa de romper, no se veía blason alguno, ni aun iniciales.

La Condesa había ocultado el rostro entre las manos con profundo abatimiento, mientras que su esposo recorría la carta con ávidos ojos.

Era un anónimo; uno de esos infames escritos, que en nuestro ilustrado y luminoso siglo circulan por todas partes y se deslizan en el seno de muchas familias honradas, dejando el veneno de la

destruccion y hasta la desesperacion que conduce á la muerte.

Aquel odioso billete decia así:

«Una amiga fiel y que tiene en mucho vuestro honor, os avisa, señor conde, que está empañado con una mancha indeleble: vuestra esposa tuvo amores, antes de casarse, con un jóven llamado Fernando de Silva: el matrimonio de aquella con vos no interrumpió sus relaciones, y por fin Silva ha encontrado medio, de acuerdo con vuestra esposa, de hacerse presentar en vuestra casa: el marqués de la Oliva, sin saberlo, ha servido de instrumento en esta intriga.

«Haced de este aviso el uso que querais; pero, cualquiera que este sea, la persona que os escribe, cree deber manifestaros para vuestro consuelo, que las relaciones de la Condesa con Silva han sido tan secretas y tan decorosas, por decirlo así, que al menos os han evitado el ridículo del escándalo.

«Muchas pruebas de los amores de Clotilde con Fernando pudiera daros la persona que esto escribe; pero no quiere mortificaros con evidencias, sino despertar únicamente en vuestra alma una sospecha que os haga mas cauteloso y corte todo escándalo para lo sucesivo.

«UNA AMIGA.»

El desdichado esposo acabó de leer este papel y lo estrujó entre sus crispadas manos con una fuerza convulsa.

Luego se acercó á la Condesa con aire severo, pero firme, y que anunciaba una resolucion irrevocable, que se pintaba tambien en su ancha frente y en la mirada brillante de sus ojos.

—Señora, dijo con acento frío y sonoro: desde hoy somos estraños el uno para el otro; vivireis en vuestras habitaciones con vuestros hijos, á quienes no quiero volver á ver.

Clotilde alzó la cabeza y miró atónita á su marido: habia oido el eco de su voz, pero no habia comprendido ninguna de sus palabras.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SACRIFICIO Y RECOMPENSA.

LEYENDA HISTÓRICA

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCES

POR EL BACHILLER EN ARTES

DON BRUNO DEL BARCO Y DE CARRANZA.

DEDICADA

Á SU QUERIDO TIO

DON ANSELMO DE CARRANZA Y DE DIAZ.

(CONCLUSION).

IV.

Una multitud de presos de todas edades, sexos y condiciones, llenaban la gran sala de la cárcel formando aquí y acullá grupos mas ó menos numero-

sos, en los cuales, la cólera, el abatimiento, ó la desesperacion representaba cada cual su papel en tan terrible drama.

María sentada en un rincon profundamente dormida, soñaba con las dulzuras del campo. Pobre niña! despertó y reflexionó. Habia entregado su vida por salvar la agena.... Comprendió la inmensidad del sacrificio, pero no se arrepentia de su heroica resolucion. Era preciso que una de las dos muriese; ó ella, ó su hermana de leche. Ella era mas robusta y esforzada: justo era que se sacrificase. Así pagaba con usura las deudas del pasado con la paga del reconocimiento. La jóven aldeana habia comprendido de una manera tan elevada la virtud de la abnegacion; tenia tanto entusiasmo por la familia de Boger, y sobre todo por Emilia, que la amaba como á una verdadera hermana.

En aquella época bullia en la cabeza de todos los jóvenes la santa exaltacion que hacia mártires. Morir por Emilia era muy bello, muy grande: era volar derecha á la gloria. María solo esperaba con ansia el momento de remontar su vuelo. La cabeza inclinada sobre el pecho palpitante, la vista vagarosa, perdida en el espacio, daba su último adios al mundo enviando su postrimer recuerdo á aquella cuya tranquilidad aseguraba con su muerte, á su tio Gerbil, á sus jóvenes compañeras normandas, á su linda aldea oculta bajo los manzanos, como el nido del ruiseñor, á su cuarto, á su ventana coronada siempre de rosas y madreselvas, á sus palomas favoritas, al traje nuevo que tenia preparado para las próximas fiestas de la aldea: á todo su porvenir risueño, como el arbol de la aurora; á todo su pasado puro como el cáliz de la azucena; á sus diez y siete primaveras, sueño dorado del que, ay! no podria despertar!

De rato en rato un hombre de aspecto feroz descorria los cerrojos de las puertas, entraba en el salon llamando en alta voz á aquel á quien llegaba su turno, ó al que iba en seguida con objeto de que se preparase y cobrase ánimo para sufrir el breve interrogatorio del tribunal revolucionario.

Llegó el instante fatal; una voz estridente gritó: «á continuacion vendrá la ciudadana Emilia Boger.»

«Al momento," respondió María levantándose.

Apenas se puso en pié, un jóven conmovido por el nombre que acababa de pronunciar el esbirro, se precipitó hácia ella con la celeridad del rayo.

—¿Sois vos á quien acaban de llamar? la dijo con profunda angustia; ¿sois vos la que habeis respondido á este nombre? No es verdad, señorita?... Sois vos Emilia de Boger?

—Sí, señor: contestó María despues de una corta vacilacion. ¿Pero qué os interesa....

—Yo soy el vizconde Erman de Breut.

—Vos?

María que estaba enterada de las relaciones de su nueva familia con la del vizconde, lo comprendió todo.

—Cumpliendo la última voluntad de vuestro padre, respondió tristemente el jóven, he venido á Paris para buscar á mi prometida. Me han

preso y condenado; pero aun me resta un día. ¡Gracias, Señor, que me habeis permitido emplearle en cumplir mis deberes para con ella!

—Señor....

María estaba á punto de revelarlo todo.

—«La ciudadana Emilia Boger,» gritaron por segunda vez desde el otro extremo de la sala.

—Tomad mi mano, señorita, dijo el vizconde: sois mi prometida y reclamo el derecho de defensores.

María no pudo hablar; pero siguió en silencio al vizconde. Algunos momentos despues comparecian ante el tribunal.

Entonces volvió á preguntarla su valeroso defensor si en efecto era ella Emilia de Boger.

Allí tuvo que hacerse María aun mas violencia que en el calabozo para contestar afirmativamente.

A cada pregunta de los jueces la ocurría la misma dificultad; pero negar quien era, prolongar de esta suerte los debates, era despertar nuevas sospechas y comprometer á Emilia. María no era de esas personas que agradecen á medias, y no se sacrifican por completo.

En menos de cinco minutos se dictó contra ella la orden de arresto y la sentencia de muerte.

En vano quiso Erman tomar la defensa de la que creía su esposa, ni ella misma quería escucharle.

Por fuerte que sea el corazon, por resuelto que se es esté á morir, jamás se oye pronunciar este terrible fallo, y sobre todo á los diez y siete años de edad, sin caer al punto en un abatimiento mas profundo.

Silenciosa, y marchando abismada en una especie de letargo, llegó María al banco de donde apenas acababa de levantarse y se dejó caer sobre él.

A su lado se sentó el vizconde.

—Emilia, la dijo con voz enternecida; valor! triste es morir cuando se muere solo; pero somos dos á morir, aun nos queda algun consuelo. Yo por mi parte lo siento ya. Antes de ahora, lo habeis visto, estaba triste, desesperado, hablaba á media voz, tenía miedo; pero providencialmente os he hallado al fin de la carrera de mi vida. Un mismo destino nos une; valor! Ahora que tengo necesidad de alentaros, de sosteneros con el ejemplo, estoy sereno, me siento mas fuerte. Emilia, morireis conmigo!.... casi me creo feliz muriendo en vuestra compañía.

Mientras esto hablaba oprimía la mano con tierna efusion.

María volvió hácia él los ojos y le miró con languidez.

Era el vizconde hermoso y apenas contaba veinte años. Los polvos blancos de la toilette, que aun conservaba entre sus cabellos, daban un realce maravilloso á su rostro varonil. Sus ojos negros estaban bañados de un tinte melancólico de indefinida sensibilidad. Su sonrisa se dejaba ver por entre el fino y elegante bigote: su talla era esbelta y todo tenia en él un atractivo irresistible.

En aquella época, la muerte habia introducido en las prisiones de estado una especie de coquete-

ría heroica entre la juventud noble de Francia. El vizconde Erman, preparado para ir al cadalso, estaba encantador; tenía el prestigio de la última hora; era en fin un jóven ideal para una mujer de sentimientos no vulgares.

María recordaba haberle visto antes entre los grupos de presos, haberse fijado en él, y dicho para su interior con aquel entusiasmo incomprensible que solo hace brotar en el alma la sombra de la muerte:

—Si me fuera permitido vivir y encontrase en cualquier parte á este jóven, le seguiría entre todos mi corazon; si dejo de existir, quisiera encontrarle en el cielo.

Mientras tanto el vizconde estrechaba entre sus manos las de María, y con voz dulce cual la brisa que susurra entre los árboles, proseguía:

—¿No me respondes, Emilia? ¿No eres mi prometida, no eres mi esposa? Ah! sí. Hace muchos años que no nos hemos visto; nuestra fisonomía podrá haber cambiado; pero nuestro corazon no. Emilia, tú has habitado siempre en él y le has engrandecido. Yo os amaba y cifraba en vos mi única esperanza. ¿No habeis visto cual he corrido á cumplir los deseos de vuestro padre? Si supiérais los sueños que me han asaltado durante el camino!.... Qué porvenir! Temblais al oír esta palabra? Teneis miedo? callaré.... Acordémonos tan solo de nuestro pasado. Volvamos á nuestra primera edad.... Ah! Dios mio! ¿por qué nos queda tan poco tiempo para recordarla?.... ¿Te acuerdas, Emilia, de aquel ameno valle que se extendía entre el castillo de tu padre y el del mio? ¿No oyes resonar en tus oídos la melodiosa canción del arroyuelo que saltaba murmurando bajo los sauces? ¿No ves aquel frondoso parque cuajado de manzanos bajo cuya sombra jugábamos nosotros haciendo pellas de la blanca pelusa que arrojan las frutas en la primavera sobre el mullido césped? ¿Y aquellos preciosos escarabajos de oro que brillaban con el rocío? ¿No te acuerdas del ruiseñor que cantaba al caer la tarde en el tronco hueco de un roble viejo? ¿Y de la capilla cubierta de yedra? ¿Y de los infelices mendigos que se sentaban á los costados del camino? ¿Y del gran perro que nos guardaba? ¿Y de nuestras violentas corridas, de nuestras alegres risotadas, de nuestras lágrimas tan pronto secas como vertidas, de aquel elegante vestido que tú llevabas.... Emilia! Emilia! acuérdate de todo aquello!....

María no podia responder. No habia tenido parte en aquellas diversiones; todos estos dorados recuerdos no eran mas que.... recuerdos.

Emilia, continuó el vizconde con una pasión que se revelaba en sus ojos, Emilia, creedme lo que os digo.... pero ¿dónde estamos? Emilia, yo conservaba de vos un recuerdo encantador, allá en nuestra Bretaña, en medio de las continuas y rudas fatigas pensaba con frecuencia en vos, y aquel pensamiento era mi única alegría. Cuando llegó la ansiada carta de vuestro padre, la recibí con alborozo. Todo lo abandoné inmediatamente para volar por tí. En el camino del suplicio tratadme, Emilia, como á extraño si quereis; pero aquí... Emilia, he hecho poco

para amaros; pero dejadme amaros ahora; os amo con toda mi alma. ¿Te sonríes? Tú, tú eres la santa imagen que á lo lejos divisaba, flotando sobre las nacaradas nubes de mis sueños. Tú eres mi ideal, mi Emilia... Emilia, yo te amo...

Y cayendo de rodillas quedó el vizconde estasiado delante de María.

¡Oh! en aquel momento estaba muy hermosa la hermana de leche de Emilia.

Un rayo de sol penetrando por la bóveda de la prisión caía sobre su blonda cabellera esmaltándole con estrellas de oro. Jamás el azul de sus ojos había sido tan celestial. Las lágrimas de que estaban preñados en aquel instante, les daban un brillo, un encanto sobrehumano. El lirio y la rosa ligeramente estampados en su rostro, la prestaban esa fantástica apariencia de las vírgenes de Rafael, envolviéndola en ténues gasas de purpurinas ilusiones. No era una muger, era un ángel.

V.

Entre tanto María obligó á levantarse al vizconde haciéndole sentar á su lado en el banco. Su frente se cubrió con el velo del pudor, y echó una mirada escrutadora en torno suyo. No... nadie había notado el irreflexible movimiento, la agitación, y la amante aptitud de Erman.

La voz amenazadora del esbirro continuaba dejándose oír de tiempo en tiempo. Los demás prisioneros reunidos en diversos grupos en los diferentes ángulos del salón, no vivían mas que para sus propios temores, ó para sus propias esperanzas.

En medio de aquel tropel herido de muerte, estaban solos los dos jóvenes como si se hallasen sentados en las faldas de la montaña mas solitaria de su querida Normandía.

Apercibiéndose María de esto, y segura de su soledad, volvió el rostro á Erman. Por segunda vez quiso hablarle y abrió los labios para gritar al vizconde.

—No soy la que vos creéis... no soy Emilia.

Nuevamente la interrumpió el joven.

—Emilia!... exclamó con acento de dolor mezclado con cierto tono de súplica; si existe entre los dos algun obstáculo que nos impide el vivir unidos, no me le reveles.... Emilia! aunque los gratos recuerdos en que quiero mecarme hasta mi última hora no hubieran sido posibles en circunstancias ordinarias... ¡solo me resta un poco de tiempo para dormir!... ¡Sed buena, Emilia, no me despertéis!

—¡Señor vizconde!...

—Emilia! oh, yo os lo ruego: dejadme creer que vos sois la que me esperabais!... que me amais!... que os amo!... Los sentimientos ordinarios de la vida no existen ya para nosotros. Soñad, pues, Emilia... mañana nuestro tálamo nupcial será el cadalso! Esta noche, la última noche de nuestra vida, es para nosotros la fiesta de los desposorios... Este el salón del sarao, que la muerte ofrece á nuestros castos amores. Los testigos no están alegres... ¡qué importa! será porque no encuentra mas que pureza en las expansiones de nuestro corazón,

y la santa intimidad de nuestros cortos años. Haced de manera que nuestras almas puedan subir hasta Dios en el mismo momento confundida la una con la otra: que Dios mismo esclame mucho antes: «¡se han visto y se han amado mas dias que ayer!... ¡y no hace una hora que se conocen! ¿Os sonríes, Emilia?... Oh! si me fuera preciso renunciar á todas estas esperanzas, á todas estas locuras, de seguro moriría desesperado... Emilia, dejadme morir dichoso.

—Erman....

Y al punto añadió para sí.

Pobre joven! ¿por qué he de desengañarle?... No sería mas culpable que dejándole en su error... ¡Si fuera tan amable que se separase!... oh! no, no, yo no debo pretenderlo, yo no lo quiero...

Erman volvió á hablarle.

María dejó resbalar su mirada en los ojos de Erman, sintiéndose deliciosamente encantada, seriamente conmovida. Despues cerrando los ojos á todas las miserias humanas, su espíritu se remontó á través del mundo ideal.

Dos voces se elevaban al cielo, poco á poco en el sombrío silencio que llenaba de espesas tinieblas la inmensa sala de la prisión.

Estas voces frescas y armoniosas hirieron suavemente el oído de los demás prisioneros, quienes se acercaron paso á paso, escuchando en silencio, acabando por tomar parte en aquel coro angelical.

El vizconde de Breut les refirió en seguida la historia de sus amores, presentándoles con orgullo á la señora Condesa. Aquella ceremonia, fué una especie de consagración positiva de un matrimonio inmaterial.

En esta ocasión fué cuando María quiso protestar con mas energía y claridad; pero Erman estaba tan radiante de esperanza y de amor, que se sintió arrebatada por sus encantos.

Los demás condenados, hombres y mugeres, todos aplaudían tan extraño enlace, con una espontaneidad febril, con transportes de júbilo indescriptibles.

Por aquel tiempo se conocía en Francia el heroísmo del cadalso. Todas aquellas personas debían formar parte de la ejecución del día siguiente; sin embargo nunca se vieron convidados de boda tan contentos y satisfechos.

Erman comunicaba á todos la exuberante alegría de su alma, la poética enagenación de su felicidad.

La joven esposa ni oía, ni veía, se abandonaba por completo, dejándose caer por la resbaladiza pendiente abierta á sus pies, y se engolfaba con placer en aquella atmósfera impregnada de perfumes. ¿Era todo aquello realidad? No. Era un sueño, nada mas que un sueño!...

Luego despertó atormentada por el sobresalto y la emoción. Acababa de dormirse reclinada en el seno palpitante de Erman.

El ruido de la fatal carreta despertó tambien á los compañeros de infortunio con su chirrido desgarrador.

VI.

Cinco minutos despues Erman y María subieron uno en pos de otro al lúgubre carruage.

Inútil seria designar por sus nombres propios á los condenados. Aquella carreta era un cuadro vivo de Muller con sus fatídicas sombras, con sus funerarias medias tintas. Tampoco es necesario describir la acompasada marcha hácia el patíbulo: era el Stell de Alfredo de Vigni.

Pronto llegó á la plaza de la Revolucion la fatal carreta.

El vizconde de Brecut iba sosteniendo en el camino de la eternidad la encantadora cabeza de María.

Por última vez estuvo á punto de declarárselo todo la heroica aldeana; pero se contuvo respondiendo á sus impulsos de esta manera:

—Tengo el derecho de dejarle morir dichoso y morir amada... ¿No voy á pagar con mi sangre esta heroicidad?

Una vuelta faltaba tan solo para que la carreta tocara al cadalso.

De repente el pueblo que se amontonaba en la plaza de la Revolucion que crecia como las olas del mar, agitado por una violenta tempestad, arancó el cadalso, le arrojó con fuerza sobre las ondas de carne humana cual si fuera una débil barquilla lanzada en el Océano.

—Bastante! gritaban al mismotiempo cincuenta mil voces: ¡basta de víctimas! basta de sangre!

La cabeza de Robespierre acababa de rodar sobre la ensangrentada plataforma.

Minutos despues Erman y María estaban libres.

—¡Emilia, querida Emilia!

—Señor vizconde!... no hableis una palabra... seguidme.

Admirado, pero sumiso, la ofreció el brazo y comenzó á caminar.

María, la pobre María acababa de despertarse... descendia á la realidad... ¡Tú ya no podias ser Emilia!

Sin embargo, sola en presencia del que amaba no tenia valor para decirle, no me ameís!

Pronto llegaron al arrabal: se abrió la puerta de la boardilla, y María con voz dolorosamente conmovida, pero con aparente sonrisa en los labios, dijo:

—Señor vizconde, hé aquí la verdadera Emilia de Boger... Hé aquí vuestra prometida, vuestra esposa.

VII.

Pocos meses habian trascurrido, las campanas de Boger daban al viento sus alegres sonidos.

La aldea se preparaba para una gran fiesta. La granja del bondadoso Gerbil sobre todo, parecia estallar de regocijo.

Se iba á celebrar la boda de Emilia de Boger, con el vizconde de Brecut.

Segun el pronóstico de María, la huérfana no tuvo que salir desterrada. Emilia volvió á la casa

de su hermana de leche. El vizconde de Erman acompañó á las jóvenes. Durante los primeros dias no se trataba de otra cosa que del próximo matrimonio.

María era la primera que hablaba de ello.

—Señor vizconde, le decia la joven, teneis un compromiso sagrado que cumplir con la señorita de Boger.—¡Tendremos ambos valor para cumplir nuestra obligacion!

María habia informado de todo á su amiga.

La señorita de Boger se dirigió una tarde al vizconde en estos términos:

—«Mi hermana de leche me ha dado cuenta de vuestras pretensiones. ¿Quereis que sea vuestra esposa desde el domingo próximo? Amigo mio, quisiera que se celebrase cuanto antes el matrimonio: deseo que sea el domingo próximo. ¿Qué os parece?»

Erman no supo contestarla.

Durante toda la semana estuvo muy triste.

Tambien María, la pobre María, sintió en su alma la desesperacion, y se esforzaba por sonreír. Uno y otro evitaban encontrarse; pero sin poder conseguirlo. Ah! mas de una vez una mirada, una palabra ó una lágrima les vendia.

Emilia parecia no sospechar cosa alguna; mas estaba igualmente silenciosa y pensativa y á veces se descubrían en sus mejillas las huellas del llanto.

Llegó la víspera del gran dia.

Desde el amanecer Erman habia desaparecido.

Notábase que María estaba estremadamente pálida.

Ah! era inmenso el amor de aquellas dos criaturas!

María no tuvo fuerzas para declarárselo á Emilia.

—Señora vizcondesa de Brecut, dijo entrando en la cámara de la condesa, creo que ya es hora de que os probeis vuestro traje de novia.

—Bueno, contestó Emilia despues de un breve silencio; pasando al cuarto del tocador.

Cosa rara: el traje de novia no estaba allí. Una fuerte carejada se oyó resonar detrás de las jóvenes.

Volvieron la cabeza.

Era el tio Gerbil, que con ambas manos en los bolsillos saltaba como un niño, loco de júbilo.

—Tio: exclamó María, no sé que noto en vuestro semblante; ¿quereis explicarnos el misterio de vuestra repentina alegría?

Si tal, sobrina, replicó el viejo aldeano. Es muy sencillo, ¡vaya si es sencillo! Señorita, con cuánto gusto he visto coser vuestro traje de boda! Pero hoy, cada cual debe ocupar su lugar. Por eso el vestido de novia no está en la granja, si no que lo he mandado llevar al castillo... ¡Tiempo es ya que la hija de nuestro señor vuelva á él!

—Al castillo? ¿No sabeis que se ha confiscado y vendido?

—Y comprado... por mí en cambio de algunos asignados... Pst! una bagatela! Hé aquí la escritura de compra-venta. Nosotros todo se lo debemos á vuestro bondadoso padre, señorita Emilia. Y vos, hareis feliz al pobre Gerbil aceptando este corto regalo de boda.

—Bien tío, bien! respondió María arrojándosele al cuello.

Yo también quiero abrazaros, murmuró Emilia ruborizándose.

—Ja, ja! gritó el aldeano con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos, habrá podido ser cobarde en tiempo del terror, habrá podido enterar sus tesoros en la bodega.... pero al fin en el fondo de su bolsillo tenía también oculto su corazón, y ahora ha tropezado con él.

Al oír estas palabras que tan bien podían aplicarse á Emilia, sintió esta un temblor casi imperceptible. Pronto se repuso, abrazó al viejo con una verdadera efusión de reconocimiento, y asiendo del brazo á María, dijo:

—Vamos, vamos al castillo.

Al cuarto de hora, Emilia se paseaba por la elegante habitación que ocupó en los felices tiempos de su padre.

Todo había sido respetuosamente conservado; todo estaba en su lugar. Emilia podía creer que había salido del castillo el día anterior.

Sentóse tristemente en un sillón y lloró....

—Vaya, Emilia, dijo María; escucha este proverbio normando: "El vestido blanco viste de alegría el corazón de las jóvenes." Aquí traigo tu vestido de novia; póntele.

—Sí, sí; balbuceó la señorita de Boger, cuyo pensamiento estaba sin duda en otra parte.... María, replicó con viveza; tenemos exactamente la misma estatura: ¿quieres probarte ese traje? Creo que á tí te ha de sentar mejor. Veremos el efecto....

—Emilia!

—Te lo suplico.... lo quiero.... te lo mando.

En seguida se puso el vestido. Emilia quiso además ceñir por sí misma el velo blanco á la rubia cabeza de María. Tras el velo la preñó una corona de flores de naranja, y después en la cintura el ramillete.

—Estás así encantadora, exclamó abrazándola con cariño.

—Emilia! tartamudeó María cada vez más asombrada.

—María! dijo entonces la señorita Boger, tomando aire de dulce y tierna solemnidad; María! yo te dejé ocupar mi puesto en el momento de ir al cadalso. Te hubiera dejado morir.... No me interrumpas.... Estaba aterrada aquel día!... oh! sí, muy aterrada!.... no lo haría hoy, no. El corazón de Erman te pertenece. Tú también le amas! Ocupa por segunda vez mi puesto sin reinordimiento! Ahora es con mi permiso, con mi beneplácito. Yo te lo doy.

—Emilia!....

—Te atreverías á rehusar su amor delante de él?

El vizconde estaba de pie en la puerta.

María dió un grito.

Lejos, sin embargo, de perder su energía con la inesperada presencia del que amaba, sintió reanimarse su valor: resolvió consumir su sacrificio y tuvo la suficiente voluntad para rehusarle.

Erman quería seguir igualmente tan heroico ejemplo.

OCTUBRE.

—Miradla, dijo Emilia; mirad que bella está!....

—Jamás! interrumpió vivamente María arrancando al propio tiempo el ramillete de su cintura, y la corona nupcial de sus sienes. Él no me ama.... Yo no le amo.... Vos os engañais, hermana mía. Mañana será vuestro marido.

—Mañana, añadió el joven, mañana, señorita de Boger, sereis la vizcondesa de Brecut.

—Sea así; y pareció consentir en ello al decirlo. Lo será. Adios. Hasta mañana.....

VIII.

Al otro día tocaban á vuelo las campanas de la aldea.

Todos esperaban á la novia.

La novia no parecía.

Subieron á su habitación: la puerta estaba cerrada; se llamó.... nada. Cansados de esperar forzaron la puerta algunos convidados.... nadie. El cuarto estaba vacío: Erman y María cambiaron una mirada; se habían comprendido.

Pasó un año esperando, un año entero.

El día del aniversario llegaron al mismo tiempo dos cartas á la aldea.

En el sobre de la una se leía:

"Al ciudadano Gerbil." Dentro de ella se halló el acta de compra del castillo de Boger con estas palabras:

"Hé aquí la dote de Madama de Brecut."

La otra dirigida á María, estaba concebida en estos términos:

"Convento de Kilmoore en Irlanda.—Querida hermana de leche, querida hermana: no puedo ser ya esposa de Erman. No dejes que se estropee el vestido de novia que tan bien te sentaba.—EMILIA BOGER (en religion, SOR ANGELA.)"

A la mañana siguiente volvieron á sonar de nuevo las campanas de la parroquia. Esta vez fué para satisfacción de todos.....

El buen Gerbil tuvo con el tiempo sobrinas vizcondesas y sobrinos vizcondes de Brecut.

BRUNO DEL BARCO.

COMPOSICION POÉTICA

AL

TEMPLO DEL ESCORIAL.

POR

D. JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

AL LECTOR.

El discurso leído por D. Leopoldo Augusto de Cueto, á su recepción en la Academia Española, ha impulsado al autor de la presente composición á ofrecerla de nuevo á los amantes de las glorias

de España: la escribió hace años, hallándose de oficial del Ministerio de la Guerra, escitado por su amor patrio, y como una especie de lenitivo ó desagravio á los respetables restos que se guardan en el *Panteon del Escorial*, ultrajados por un eminente poeta.

AL TEMPLO DEL ESCORIAL.

Si de noble furor y rabia henchido
O en santa indignacion, el pecho siente
El que de estraña gente
Al infando alarido
De no aplacada saña,

La gloria escucha mancillar de España,
Cómo sin confusion, llanto y congoja,
De los propios la baja apostasia
Y la torpe porfia

Podrá sufrir que la calumnia arroja?

Eterna maldicion al monstruo impuro
Que impávido y sereno
Con ánimo seguro

Hundió el puñal en el materno seno,
O al que ufano é inclemente

Y en nuevo frenesí, ciego aplicara
Al antiguo solar la tea ardiente,
Do el amor paternal le alimentara.

Viva la faz del sol cuando en enero
Entre frígidis copos se presenta.
Muy mas fulgente resplandor ostenta

Su resplandor primero:
Precio mayor, mas digno lustre y fama,
Timbre mas bello y poderoso escudo
La virtud muestra y la verdad proclama,
De la vil detraccion al golpe rudo
Oro mas puro en la fundente llama.

Absorto el universo, aquel gigante
Vió que adornó con sus divinos dones
La pródiga natura, y que triunfante
Llevó hasta el fin del orbe sus pendones:
Que al mundo sustentó cual nuevo Atlante,
Y acataron sumisas las naciones;
Y que en su airosa y bélica cimera
Ostentó del Leon la imágen fiera.

Fija una planta en Covadonga un dia,
El fuego de Numancia respirando,
Y el volcan de Sagunto que aun ardia;
En las Navas al árabe humillando,
Con la otra planta intrépido oprimia
De Hispalis el poder; y en pos hollando
De Boabdil el imperio y la fortuna
Al Africa arrojó la media luna.

Y revolviendo los brillantes ojos,
Dueño y señor del continente hispano,
Disipada la ira y los enojos,
De contrario sugeto el bando insano,
Ansiando nuevos lauros y despojos
Que el cielo le endonó con franca mano,
A otro mundo estendió su poderío
Y osó decir "El universo es mio."

Con la imperial corona y regio manto
Sobre el luciente casco y la armadura,
En todo el globo do sembró el espanto
El predominio excelso se asegura;
Y triunfante en Pavia y en Lepanto,

En San Quintin cortó la liga impura;
Y humillada la Italia le obedece,
Y á su eco el Vaticano se estremece.

Y la Flandes tembló, y el monstruo odioso
Que con hálito impuro y pestilente
Do el claro Rhin discurre caudaloso
Se vió elevar la seductora frente,
Inerme ante el magnánimo coloso
Y eclipsado á su luz resplandeciente,
Respetó en su furor el libre suelo
Do vertió la alma paz, dicha y consuelo.

Y esa astuta Albion que en negro encono
Derrocado miró su poderío,
Esa sirena que en mentido tono
Su imperio ensalza tético y sombrío,
Do tiene la ambicion fijo su trono
Y manda la discordia á su albedrío,
Al furor de rabiosos elementos
Existió en su elevado y firme asiento.

La odiosa turba que anheló primero
De lívido rencor y odio llevada
Herir la frente del gigante ibero,
A sus plantas confusa y humillada,
En su estupor imbele y altanero
Y en el cieno ó el polvo sepultada,
En indocta ebriedad y misteriosa
Trocó la espada en pluma calumniosa.

Y hasta el santo retiro en dó postrado
La cogulla á la púrpura prefiere,
Y en místico reposo retirado
Del rumor mundanal se aparta y muere,
El espíritu impuro y despiadado
Que la osadia aun impotente adquiere,
Con dura rabia y con impura boca
Lo infama, lo deslustra, y lo provoca.

Y á ese digno padron de eterna fama;
De gloria y esplendor fiel monumento;
De grandeza y piedad rico oriflama;
Do la virtud y honor tienen su asiento;
Do brilla del saber la viva llama
En divinal artístico portento,
Los pestilentes rayos le vibraron
Que en sus regios sepulcros reflejaron.

¡Mármol sagrado y grandioso
Do tanto poder se entierra!
¡Templo divino y glorioso!
Tu depósito precioso
Conmover hizo la tierra.

¡Altar elevado y santo!
El genio que te formó
Para ser del mundo encanto,
Al cubrirte con su manto
Nombre eterno te legó.

Esa fábrica do brilla
El lustre de tantos reyes
Honor y prez de Castilla,
De dos mundos maravilla
Por el valor y las leyes,

Do mil ganados pendones
Adornan sus mausoleos,
Y en compendiados renglones
De tantas generaciones
Nos ofrecen los trofeos;

Es símbolo de lealtad;
De grandiosidad modelo;

Emblema de magestad;
De ciencia y de caridad,
Bello traslado del cielo.

Su luz no se eclipsará,
Ni el emponzoñado aliento
De la envidia, empañará
Ese solio en do tendrá
La noble España su asiento:

Pues el horrible alarido
Que entre tus cúpulas bellas,
Lanzara cual el vencido
Un hijo desconocido,
Se perdió entre las estrellas.

Y aun luce el sol; y su semblante hermoso
Aun derrama en tu fábrica esplendente
Sus raudales de luz; y el luminoso,
El estrellado manto del potente,
Aun cubre el panteon regio y glorioso
Do brillan con la espada refulgente
Que triunfó del poder de cien naciones,
De Carlos y Felipe los blasones.

FABULILLAS Y EPÍGRAMAS.

Por echarla de guapo Juan Palomo
Recibió un palizon de tomo y lomo.
*Hay en el mundo entes
Que no deben echarla de valientes.*

Mariquita Cardona
Viendo pobre á su esposo lo abandona;
Mas luego le cayó la lotería
Y á su lado volvió ¡qué simpatía!
*Hay hombres con tal suerte
Que allí do esté el vivir hallan la muerte.*

Por andar un simplon mirando al cielo
Contando las estrellas,
Trozó, resbaló, las vió en el suelo
Y allí la suya divisó con ellas.
*Hay seres desdichados
Que nacen con la estrella de estrellados.*

Don Simplicio, que es simple por natura,
Todos los males con los simples cura.
*Médicos hay que cogen á un doliente
Y le matan así tan simplemente.*

Subiendo á un coche Pascual,
Dijo: "Cruz, 3, principal,"
Y respondió el cochero:
—Si no tira el caballero,
Yo no paso del portal.

Hay duelos y pena negra,
Pestes, silencio y ayunos;
Pero en concepto de algunos,
Lo mas malo es tener suegra.

Porque tienes un novio estás ufana;
Pero es pobre y es tonto; vive alerta,
No sea que mañana
El hambre se introduzca por tu puerta
Y se escape tu amor por la ventana.

Por no saber Anton lo que es el mundo
Le entró un mal muy profundo.

*Hay en el mundo males
Que al inesperado son siempre fatales.*

Ser docto un burro quiso
Y en un aula se entró sin mas permiso.
Diez años consagró para estudiar
Y se hizo doctor.... en rebuznar.

*En vano el que nació para jumento
Querrá hallar en las aulas el talento.*

Una niña por darse colorete
Fué el escarnio de mas de un mozalvete;
Y al ver su desnudez de hombros y codos
Fué la piedra de escándalo de todos.

*Las muchachas honradas
Ni pintadas irán, ni destapadas.*

Un cazador tenia
Una escopeta con la cual mataba
Toda la caza que matar queria;
Mas tanto la cargaba
Que, errando alguna vez la puntería,
Con la misma violencia
Del tiro, se dañaba;
Y era cosa de ver como rabiaba
Y con cuanta impaciencia,
La escopeta soltando,
Y el hombro dolorido retirando,
El arma maldecia
Viendo la caza que espantada huia.
Era el tal cazador incorregible
Y una mañana que cruzaba el prado
Como en alas del céfiro invisible
Vió correr un magnífico venado.
"Aquí te quiero," dijo
Cojiendo su escopeta;
Yo veré si está fijo
Sobre el hombro este inútil instrumento
Que cargué hasta la boca
Con el único intento
De ver si es hoy su resistencia poca.
Diciendo así, dispara;
De fuego un ancho rio
Cruzó por el vacío
Y un latigazo recibió en la cara
El cazador tenaz; de entre sus brazos
Saltó el arma homicida
Rota en varios pedazos,
Por milagro dejándole con vida.

Henchido de furor, en maldiciones
Y sordos juramentos
Prorumpió el cazador; y á mil legiones
De diablos entregaba su escopeta,
Cuando esta, ¡oh maravilla!
¡Oh portento de todos los portentos!
Abrió su cazoleta
Y arrojando un suspiro prolongado
Le dirigió esta plática sencilla
En son doliente, triste y resignado:
—"Voy á morir, le dijo;
Voy á morir, y mis quebrados restos
Arderán en la fragua y en la hoguera
Sin mereceros compasion siquiera.
Mas ya que con denuestos
Me abrumais en mis últimos instantes,
Pensad en los servicios que hice antes;
Mirad, señor, que un día
Muestras os dí de alcance y puntería,

Y que vos por probarme me abrumásteis
Con mas carga de aquella que podia
Soportar mi cañon; si al reventarme
El rostro os lastimé, tened presente
Que evitarlo pudisteis fácilmente."

Dijo y calló; y el cazador corrido
Al cabo conoció su desacierto,
Por lo cual desde entonces precavido
En cargar con prudencia es mas esperto.

Lector, esta conseja
Tiene su aplicacion, su moraleja:
*Si alguna vez fortuna te coloca
En alta posicion, y no se trunca,
No cargues la escopeta hasta la boca;
Del que te sirva bien no abuses nunca.*

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

¡CHIST!

I.

Tengo yo un ángel mas bello...!
Con unos labios tan rojos....
Negros, muy negros los ojos;
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Mas blanca que una azucena,
Mas süave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el boton de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid: en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
Eh.... no vengais tan de prisa,
Callad, que no se despierte.

II.

¿No veis con qué gracia vá
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo
Siempre sonriendo está.

Tiene.... poco mas de un año....
No la beseis.... duermes ahora
Y al despertar siempre llora,
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida
Y me estoy mirando en ella;
Yo la veo como una estrella
En la noche de mi vida.

Hermosa niña.... ¡qué suerte
Le guardará la fortuna....!
No movais tanto la cuna,
Callad, que no se despierte.

III.

Es un ángel de hermosura,
De esos que una madre sueña:
Tiene la faz tan risueña!
Y la mirada tan pura!

¡Con qué indefinible anhelo

Miro su faz sonrosada!
Es un alma desterrada,
Si, desterrada del cielo.

Mas bajo.... no habéis tan fuerte.
No turbeis su sueño blando,
Sueña....! ¿qué estará soñando?...
Callad, que no se despierte.

JOSÉ SELGAS.

AMOR DE UN POETA.

CAPITULO VIII.

EL ENCUENTRO.

Despues de algunas horas de apacible sueño, hácia el medio dia abandoné mi cuarto y salí á ver á Martin. El pobre muchacho habia pasado la noche con bastante desasosiego y por causa de la fiebre que le devoraba. Así es que lo encontré muy abatido y casi sin fuerzas para responder á algunas preguntas que le hice.

En vista, pues, de su estado poco lisonjero, decidí quedarme en su cuarto para animarle con mi compañía, si bien, para no darle conversacion, me puse á escribir; operacion que duró toda la mañana.

A la caída de la tarde, y en ocasion que el sueño cerró los párpados del enfermo, dejé á este al cuidado del padre de Juan José, y salí en busca de mi barca para dar un paseo por el mar. Como el recuerdo de los sucesos de la noche anterior me impulsaba á evitar un encuentro con María, juzgué que sería menos probable hallarme con ella en el mar.

Me equivoqué.

Pero no me pesó ni me pesará nunca, pues aun cuando quizás esta circunstancia tuvo mas tarde una influencia fatal en la suerte de mis amores, á ella y al cielo que lo permitió debo la dicha de haber llevado á cabo una buena accion. Cuando se pas lo que pasó, y veas que, yo que iba huyendo de María, me encontré con ella en el sitio en que menos lo esperaba, comprenderás que tengo motivos para creer que Dios guiaba mis pasos aquella tarde.

Mi barca desembocaba desde la ría en el mar, en ocasion que mis ojos vieron alejarse un botecito airoso de paseo. La tripulacion de este bote se componía tan solo de tres personas, de las cuales dos me parecieron señoras; pero como quiera que la distancia que nos separaba era muy larga, no pude distinguir sus facciones apesar del auxilio de mi catalejo. Sin sospechar siquiera que podría yo conocerlas, me cuidé poco de averiguar quienes eran y continué mi paseo pensando en mi dicha que era grande, pues habia sorprendido el secreto del amor de María, de aquella criatura angelical por quien tanto habia suspirado.

—Sí,—decia yo, recreándome con esta idea;—cuando hayan pasado algunos dias y pueda presen-

tarme á María como un amante rendido y leal que acude presuroso á su llamamiento, estos parajes han de tener doble encanto para los dos, porque presumo que en ellos se han de verificar todas nuestras citas.... Qué cosa hay mas poética que el mar para las almas enamoradas... ¡Allá léjos, en esa parte de la tierra que dejo á mi espalda, la vegetacion es frondosa. No hay duda que el silencio de los bosques, y la magestad de esas enhietas y formidables montañas, tienen algo de grande y de sublime... pero qué es todo ello comparado con la inmensidad del mar? El mar! He aquí una palabra que pronunciamos muchas veces con indiferencia, y que sin embargo es por sí sola bastante para llevar la fé al corazon que mas haya dudado de la omnipotencia de Dios! Bello es el mundo con sus galas, su sol, y sus colores; bella es la creacion por todas partes. Una tempestad en las vírgenes soledades de América, no hay duda que debió parecer á Chateaubriand muy á propósito para elevar el alma de la criatura hasta el trono augusto de Dios, pues se comprende toda la solemnidad de tan grandiosa escena. Pero qué escena puede haber comparable á una tempestad en el mar? Cuando las aguas embravecidas remontan su vuelo hasta tocar con las nubes, y al bramido pavoroso de las olas responde el eco fiero, el horrísono retumbar del trueno; cuando al brillo de las ondas espumosas sucede el brillar de las centellas; y el cielo se encapota, y el espacio se oscurece; entonces, el alma de la criatura se desprende de la materia, y, absorto su pensamiento con la imponente magestad del cuadro que contempla, no puede menos de humillarse ante la grandeza de Dios!!!

El mar es la obra mas acabada que ha salido de las manos del Hacedor! Poético y bello en sus momentos de calma; sublime y aterrador cuando se enfurece; el mar siempre nos encanta y nos asombra; siempre habla al alma de las criaturas como al verdadero destello que es de Dios.

Afortunadamente esta tarde puedo gozar de sus encantos porque la atmósfera está despejada.... Mas qué veo? aquella nubecilla casi imperceptible que se distingue á lo lejos hace un momento que no estaba.... Y sin embargo, si no estoy trascordado, me parece haber oído en otros tiempos á los marineros de mi pais, que la presencia de una nubecilla como esa era el presagio seguro de una tempestad. Variemos el rumbo por si acaso, demos vuelta hácia el puerto. Pero aquella lancha que se interna cada vez mas en el mar.... ¡irme sin avisarla del peligro á que se espone.... ¿Y cómo darle alcance, si va que vuela? A ver, probemos; qué diablo! no se diga que por cobardía he dejado que se pierdan tres semejantes míos. Quiénes serán? Pero qué me importa saberlo? La tempestad es segura, la tenemos quizás mas próxima de lo que nos figuramos, porque el cielo se encapota á paso de carga. ¡Uhl! qué cariz tan mediano se le va poniendo. Vamos, vamos, un esfuerzo mas y mi barquichuelo me pondrá á tiro de voz: ahora seria inútil gritarles porque no me oirian. Pero, qué diablo

hacen! su bote ha cesado de andar.... permanece estacionado.... en qué piensan? se habrán apercebido del peligro que corren? Un relámpago! No lo dije? La tempestad está encima. Adelante, adelante.

La tempestad se acercaba efectivamente, y yo de buena gana hubiera remado hácia el puerto; pero la suerte de las personas que iban en el bote me tenia con cuidado, mucho mas desde que reparé que aquel no se movia, que olvidando mi propio riesgo, dí un poderoso impulso á la barca con ánimo de acercarme cuanto pudiera al sitio donde se encontraba el bote.

Cuando estuve á media milla de distancia saqué mi catalejo y miré... Dios de bondad! Qué cuadro se apareció á mi vista! Figúrate á María, vestida de negro y con aquel manto de que tantas veces te he hablado, haciendo inútilmente esfuerzos desesperados con el remo para poner el bote en movimiento, mientras que la madre, con el rostro desencajado y postrada de hinojos, sostenia con un brazo á su marido y elevaba el otro al cielo en demanda de compasion.

No habia que dudar: el pobre anciano era presa de algun accidente, y la barca en que se hallaba tenia que irse á pique por falta de una mano vigorosa que la guiase. Temblando de miedo por la vida de Maria y la de sus padres, coji de nuevo el remo, y apurando el resto de mis fuerzas, me lancé desesperado en su socorro. Desgraciadamente mi misma ansiedad hizo que me olvidase de tomar precauciones, y al atravesar la barra, al otro lado de la cual se hallaba el bote, dí tal sacudida que me sumergí en el agua fuera de la barca. Horrible fué mi situacion entonces. Los gritos desgarradores de la marquesa y de su hija llegaban á mis oídos porque ya las tenia cerca, y sin embargo yo presentia que no iba á poder salvarlas, porque el sobresalto y el temor que me inspiraba su suerte habian agotado todas mis fuerzas.

—Valor! las grité.

Y yo no lo tenia; lo habia perdido!

—Socorro!—esclamaron madre é hija flotando al viento sus pañuelos blancos.—Quien quiera que seais, venid; salvadnos!

Una montaña de agua me pasó por encima, y casi al mismo tiempo escuché un grito desesperado.

Otra vez salí á flor de agua.

—Valor! repetí.

Y sin embargo, yo sentia que el cuerpo se me hacia cada vez mas pesado.

Un poco mas de lucha, y el mismo temor que me inspiraba la suerte de María hubiera dado al traste con mis propósitos. Fortuna fué que la corriente de las olas, jugando á capricho con el bote, llegó á colocarlo tan cerca de mí que, al ver que casi lo tocaba con la mano, cobré aliento y comencé á nadar de una manera desesperada.

Achaque añejo é inveterado es en las mujeres pasar repentinamente de la desesperacion mas profunda á los mayores raptos de alegría, del abatimiento mas completo á las ideas mas risueñas, de la total falta de fé á un mundo de esperanzas in-

sensatas. Así es que, aquellas dos señoras que un momento antes se lamentaban en medio de una angustia desgarradora, pensando que no había salvación para ellas; cuando me tuvieron cerca del bote cobraron tales ánimos, que ellas mismas me alargaron las manos para ayudarme á abordarlo.

Confieso que yo también había comenzado á desmayar al verme solo luchando con la impetuosidad de las olas; pero sentí el contacto de la mano de María, y no fué preciso mas para que de un salto me pusiera dentro de la barca.

—Santo Dios! Ricardo!—esclamó al verme la hija del marqués.

Y cayó de rodillas á mis piés.

La marquesa nos miraba aturdida alternativamente á mí y á su hija.

—Madre mía!—dijo esta incorporándose serena despues de haberse abrazado á mis rodillas, y tomándome de una mano para presentarme á su madre.—Ya nada tenemos que temer. El cielo lo envia para salvarnos.

—Poco á poco, señorita—la repliqué—no se entregue V. de una manera tan ciega á la esperanza, porque todavía nos quedan muchas dificultades que vencer. Pero veo que el papá de V. se halla sin sentido. ¿Es que se ha dado algun golpe, ó que el susto de ver á Vds. espuestas al peligro le ha ocasionado algun accidente? Perdon, señora—dije dirigiéndome á la marquesa—si V. me lo permite probaré á poner á su esposo en una postura menos incómoda, y luego emprenderemos la vuelta al puerto.

Y diciendo y haciendo, así de la cintura del desventurado marqués y lo coloqué entre la madre y la hija, á quienes supliqué que se sentaran y lo cogiesen ambas de cada brazo. Yo me apoderé del remo y comencé á bogar sin decir una palabra. El silencio tenía impaciente á María, y mas de una vez hizo demostracion de querer hablar; pero se lo impedí diciendo:

—Luego que háyamos repasado la barra escucharé con gusto.... hasta entonces no.... porque este paso es peligroso, y la menor distraccion podría perdernos.

Y efectivamente, la mar estaba tan alborotada que á cada momento ponía nuestro bote á punto de zozobrar.

Mucho trabajo me costó sacarlo de la barra; pero no bien lo había verificado, un espantoso relámpago hirió nuestra vista, é inmediatamente despues se oyó la detonacion de la centella que vino á sumergirse debajo de la barca.

Ignoro lo que pasó despues. Solo sé que permaneci largo rato sin sentido, y que, cuando volví á abrir los ojos á la luz, el bote, que sin duda había sido llevado por la corriente de las olas, se hallaba junto á la playa sin recibir auxilio de nadie, y con las tres personas de la familia del marqués, que me parecieron cadáveres á juzgar por la inmovilidad en que permanecían. Grande fué el susto que me causó este espectáculo; pero observando que todos alentaban y que estábamos á la vista de la

ria, decidí entrar en ella y llegar cuanto antes á las puertas de la quinta.

En el momento que, con el auxilio de los criados del marqués desembarcábamos á este, á su señora y su hija, las cataratas del cielo se desencadenaban y comenzó á caer una lluvia abundante. La frialdad del agua que nos azotaba el rostro debió causar la misma impresion en María que en su madre, pues ambas recobraron á la vez el conocimiento, y al verse libres junto á los muros de su casa, se postraron de hinojos para dar gracias á Dios por tan señalado favor.

Luego que hubo pasado este primer impulso de religiosa piedad y que el marqués fué conducido por dos criados á su aposento, María asió de mi mano con efusion, y me arrastró tras de sí dentro de la casa.

—Ricardo de mi vida!—dijo rodeando suavemente mi cuello con sus brazos.—Con que es verdad? Eras tú! Y yo que no he sabido conocerte! Yo que apoyada ayer en tus brazos me dejé engañar por falsas palabras, olvidando, insensata, la dulce alegría que mi corazón experimentaba cada vez que al despertar por la mañana corría á la ventana y me encontraba en ella con los ramos misteriosos que me regalabas! Yo que al besar con efusion aquellas flores pensaba siempre en tí, y mi corazón te adivinaba; yo que tantas veces me dije á mí misma que solo una persona podía hacerme objeto de tan delicadas atenciones; yo que al escuchar la música de la otra noche pensé morir-me porque en cada nota creía distinguir una protesta de amor; en qué estuve pensando para no descubrir tu alma bajo el gracioso vestido de montañés con que te presentaste ayer á mis ojos? Preciso es que me haya vuelto insensata, pues de otro modo no se comprende tanta torpeza, mucho mas despues de la escena de anoche; porque has de saber, Ricardo, que apesar de mi exclamacion cuando te ví saltar por la ventana, y no obstante el haber juzgado alguna vez que nadie mas que tú podía haberse atrevido á penetrar en mi habitacion y á llevarse la carta que estaba escrita para tí, todavía hoy seguia dudando, ó mas bien creyendo mas que nunca que permanecias aun en Madrid.

Pero en fin, eres tú, es verdad? eres tú, Ricardo! Dime que sí. Habla. Oh! Que yo te oiga, que yo escuche tu voz. No guardes mas tiempo ese silencio cruel!

Y al decir esto cojió mi cabeza con ambas manos y la separó un poco para mirarme cara á cara.

La mia estaba bañada en lágrimas.

—Qué veo!—esclamó María.—Lloras! Lloras en este momento en que la felicidad embriaga mi alma!

—Lloro, sí, lloro, porque es la primera vez que la voz de los ángeles resuena en mi corazón. Oh! Jamás había soñado alcanzar tan suprema ventura; y si algo fuese capaz de empañar esta felicidad, si alguna sombra pudiera ponerse por delante en este momento; sin duda seria el temor de perderla, porque la duracion de una felicidad tan completa no es posible en la tierra!

—Esa idea...

—La rechazo, María, porque no debe tener entrada en mi corazón; pero....

—Dudas de la sinceridad de mis palabras?

—Dudar! Antes fuera preciso que dudase de la luz del sol!

—Pues entonces, óyeme, Ricardo; y que se grave en tu corazón lo que te voy á decir. Yo no he amado nunca; desde que mis ayos dieron por terminada mi educación, la palabra amor en la acepción lata que se le dá, no habia tenido ningun significado para mí; pues aparte del cariño grande, inmenso, que profeso á mis padres, y del que me inspiran mis semejantes, particularmente cuando estos son desgraciados, te lo repito, el amor jamás habia tenido entrada en mi pecho. Llegó sin embargo un día en que mis ojos se encontraron con los tuyos, estábamos en una iglesia, te acuerdas? Y bien, cuando salí del templo, si no era amor lo que sentía, por lo menos noté que alguna novedad se habia operado en mi corazón. En un principio se apoderó de mí una profunda melancolía. Estaba triste, y no me podia explicar el por qué de esta tristeza. La tranquilidad en que hasta entonces habia vivido se trocó repentinamente en una inquietud dolorosa, y por mas que me interrogaba tratando de averiguar lo que producía este desasosiego, jamás pude darme una contestación satisfactoria. Así pasó algun tiempo, hasta que un día, una mañana en que yo penetraba con mi madre en otro templo te acercaste á saludarme.... Desde entonces, y despues que me despedí de tí para emprender mi viaje á los baños, mis días han sido tan tranquilos y felices y no he echado de menos aquellos que ya acabaron cuando terminó mi niñez. Con todo, aun me faltaba algo, aun sentía un vacío doloroso, y este vacío, Ricardo, lo acabas de llenar con tu presencia.

—Santos Dios! Es cierto lo que escucho!

—Que si es cierto? Quién te ha traído tan á tiempo para salvarme y para salvar á mis padres? Mira, yo que creyéndote ausente y lejos de nosotros, pensaba en aquel momento que acaso iba á morir sin verte; yo que en medio de aquella escena de dolor, tenia un consuelo al pronunciar tu nombre; cuando te sentí llegar; cuando mis ojos asombrados vieron tu figura, creí que eras un ángel que Dios enviaba desde el cielo en nuestro auxilio, y desde entonces no ha tenido ni tendrá jamás mi corazón mas que una especie de adoración para tí! Te lo digo, Ricardo, en este momento solemne (y bien sabe Dios que solo en tan graves momentos podrian mis labios pronunciar semejantes palabras); mi amor es tuyo, te pertenece, y sea cualquiera la suerte que el destino nos depare, jamás dejaré de amarte. Esta es mi confesion; y ahora que ya sabes á qué atenerme, separémonos sin que se vuelva nunca á suscitar conversacion sobre este punto. Mi padre está malo.... permíteme que te deje en este sitio donde en breve se hallará mi madre.

Diciendo esto me tendió su mano que besé con efusion, pues á falta de palabras no hallé otro me-

dio mejor de espresar mi gratitud á aquella criatura encantadora,—y salió de la estancia dejándome aturdido, y sin poderme dar cuenta de lo que acababa de escuchar.

Al poco tiempo entró la madre.

Suplico á V. me perdone—dijo mirándome con algun recelo—si, contra mi voluntad, he dejado pasar tanto tiempo sin venir á demostrar á V. en mi nombre y en el de mi esposo nuestra profunda gratitud.

—Señora!...

—Nunca olvidaremos el servicio que V. nos ha prestado esta tarde; y viva V. persuadido que, si en cualquier ocasion, podemos hacer algo por V., nos encontrará dispuestos á servirlo.

Estas palabras dichas con aire de protección y hasta con impertinencia, me indignaron de tal manera que estuve á punto de contestar sin consideración ni miramiento alguno. Por fortuna al dar un paso hácia la marquesa, se reflejó mi figura en un espejo de cuerpo entero, y al verme en mangas de camisa, con el pantalón empapado en agua y el pelo desgredado, comprendí que era natural se me tomase por un pobre pescador ó mozo de playa.

El rubor asomó á mi rostro.

—Perdone V., marquesa—la dije con dignidad—que haya tenido la inadvertencia de presentarme á V. en semejante estado. El traje que llevo es algo indecoroso, lo sé; pero ni siquiera he pensado en que debia variarlo antes de enterarme de la salud del marqués, pues mi hospedaje se halla á mucha distancia de esta quinta, y el ir á mudarme me hubiera privado de este gusto hasta mañana.

Mi lenguaje debió extrañar mas que mi figura á la marquesa, porque nuevamente me miró; pero no ya solo con recelo sino con curiosidad, y como si tratase de averiguar la clase de persona que yo era.

—Caballero—me dijo recalando la palabra—el proceder de V. es demasiado noble, y lejos de tener nada que dispensarle, V. es el que me ha de perdonar por no haberle ofrecido antes un abrigo.

—Gracias, señora. El día está bueno, y además espero hallarme pronto en casa, si por dicha la salud del marqués no ofrece cuidado y mi presencia aquí no es necesaria; pues de otro modo me quedaré con sumo gusto.

—Agradezco esta nueva muestra de bondad que V. me dá; mas afortunadamente, no me hallo en el caso de abusar de ella, porque mi marido se encuentra ya fuera de peligro.

—Fuera de peligro dice V.! luego su estado era peligroso!

—Los ataques que le dan al hígado y al corazón, ofrecen por lo general serios temores al médico. Hoy se ha empeñado en que él solo llevaria el remo de la barca, y este ejercicio, demasiado penoso aun para los mas robustos, le ha producido uno de esos ataques.

—Sensible es, señora, lo que V. me dice. Espero sin embargo que el accidente de hoy no influirá desfavorablemente en la salud del marqués, y si V. me lo permite, mientras tengo el gusto de ver-

le restablecido, vendré todos los días á enterarme del curso que siga la enfermedad.

—Doy á V. las gracias, caballero, por su atención, y escuso decirle, que sin este motivo puede V. venir cuando guste á esta casa; en la inteligencia que nos honraremos mucho con recibirle.

Diciendo esto saludó cortésmente, tirando al mismo tiempo del cordón de la campanilla, y yo salí acompañado de un uger que se adelantó á abrirme la puerta de la escalera, despidiéndome en ella con una profunda reverencia.

(Se continuará.)

PEDRO MANUEL DE MOROY.

REVISTA DE MADRID.

Reflexiones.—Panoramas caseros.—Inconvenientes del calor.—Sudores, tropiezos y confusiones.—Diálogos obligados.—Aspecto cortesano.—Mes de emociones.—Regreso veraniego.—Escenas sentimentales.—La Granja y la corte.—Salida de los Reyes á Atocha.—Descripción.—Algo de teatros.—Los moros del Riff.—Antojos femeniles.—Sueños de gloria.—Las ferias.—Un paseo por ellas.—Una historia de lágrimas.—Prosa de Madrid.—Punto final.

Estoy abochornado, mis queridísimas lectoras, estoy abochornado.

Y cómo no? si vivir en Madrid durante estos meses de calor, es vivir en un continuo bochorno?

El calor!

He aquí de lo único que se ha hablado por espacio de cuatro mortales meses en los altos y bajos círculos de la coronada capital, y de lo que aun se seguiría hablando, si otros asuntos de mayor entidad no hubiesen venido á torcer por completo la monótona senda de estas eternas conversaciones.

Entrais en cualquier casa en uno de estos días de calor.

Lo primero que hace el criado después de abrir la puerta, es levantar las colgaduras que dan entrada al salón y decirlos:—pase V. adelante: voy á anunciar á V. á la señora.

Con cuya cortesísima frase dá frente á retaguardia, dejándoos dentro de una habitación oscura como la boca de un lobo y con mas tropiezos que madriguera de ladrones.

Sin embargo, es preciso decidirse.

Zas! he aquí un embite contra una silla, que con estruendoso ruido rueda por el pavimento. Cielos! ¿sí será esto una celada? exclamais en el colmo de la admiración.

Y sin saber por donde ni como se os viene á la memoria el cuento de aquel barbero, que cuando conocia que el prójimo que iba á pelar, tenia algún dinero, lo entraba en una habitación, donde ya colocado en su silla y con los avíos consiguientes para el hombruno acto, tocaba con el pie un resorte, á cuya suave presión, silla, prójimo y avíos desaparecían por una trampa, desde cuyo momento no volvía á tenerse razón alguna de ellos.

Cuya sombría y sangrienta idea, por mas que procureis evitarla, os hace estremecer.

A pesar de todo, vuestra natural resolución os hace dar otro paso.

Y un velador, no ya una silla, va á rodar á vuestros pies en compañía del pobre sombrero, cuyo golpe os hace el mismo efecto, que si en medio de un festín, os obligáran á beberos cuartillo y medio de quina ó dos pozales de agua caliente.

—Pues señor, esto va grave, exclamais: son las dos de la tarde: el sol está en pleno desarrollo; en esta casa dá el sol: yo no veo un átomo siquiera, ¿qué diablos querrán hacer conmigo?

Esperemos.

Y seis minutos después de una completa inmovilidad, el ruido de algo que se desliza por el suelo, os hace estremecer.

Poco después penetra en la sala.

Pero vuestros ojos buscan en valde; sentís el objeto, es verdad: pero dudais si es persona, sombra, ó cuadrúpedo el que lo produce, por cuyo motivo, creéis por un momento haberos quedado ciegos.

Y entonces.... ah! entonces....

Pero una mano fina, espresiva y perfumada se apoya en la vuestra y una voz lánguida como una frase de esperanza, os saca de vuestro profundo abatimiento.

—¿Cómo está V., amigo mio, cómo está V?

—Señora, menos tranquilo de lo que quisiera y debiera estar.

—¿Y por qué?

—Porque después de haberme visto privado de contemplar sus naturales gracias de V. por espacio de tres meses, veo que he tenido la desdicha de penetrar en este salón bajo un deplorable pie.

—Ja, ja, ja, no hallo la razón.

—Y no es extraño, señora, no es extraño que no la halle V. Estamos completamente á oscuras.

—¿A oscuras? pues si aun me estoy quejando todo el día porque dejan entrar demasiada luz.

Ah! entonces.... me he quedado ciego: sí, ciego, porque solo un hombre privado de la vista, puede hacer el destrozo que mis manos han hecho en su morada de V. Allí fué una silla, acá un velador; y sabe Dios á donde hubiera ido á parar, si V. penetrando acaso lo que estaba sucediendo, no llega en mi auxilio con su natural bondad y benevolencia.

—¿Y es esto todo?

—¿Le parece á V. poco?

—Pues claro es que sí. ¿V. sabe como se tiene que vivir en esta infernal población durante los tres meses que la Divina Providencia se digna regalarnos las tiernísimas miradas de ese horno en combustión á que le llaman sol? ¡Ay, amigo mio! amigo mio! esto es abrasarse, morir frita, derretida, aniquilada, sin que para evitarlo baste nada de lo conocido hasta el día, ni para combatirlo, nada de lo que falta por inventar. U! qué atrocidad! Yo estoy asada, asada de un modo que dejo mal á mi buen patrono S. Lorenzo, porque si él fué tostado de una vez, yo lo estoy siendo poco á poco, lo

cual ya es una obra pía ante los ojos de Dios. Esto es inaguantable, insufrible, intolerable. Si riegan las calles, el vapor que de ellas se desprende trastorna de tal modo la cabeza, que la vuelve á una loca; si no las riegan, el polvo que en espesos torbellinos se eleva hasta los aleros de los tejados, priva por completo la respiración: de modo que, para no verse una en el tristísimo estado de padecer con lo uno, ni de ahogarse con el otro, opta por el sencillo medio de quedarse en casa como un ave de rapiña, esperando el momento en que las dichosas ferias nos traigan el apetecido fresco, única época que es dable respirar en Madrid.

Y la dama callando para dar una especie de budo semejante al de los fuelles de un órgano, empieza á despedir un ras, ras, ras con el abanico, que no hay mas que pedir.

Así qué, pidiéndola permiso para retiraros, y escusando vuestra torpeza por el destrozo, tomáis el portante, jurando no volver á pisar una casa en Madrid durante todo el verano.

Pero al otro día os veis en la precisión de comparecer en otra, y el acto vuelve á repetirse con los mismos detalles y bajo los mismos auspicios que en el día anterior, en todo lo tocante á oscuridad, tropiezos y conversacion.

Aquí teneis, pues, lo que es, ha sido y será siempre un verano en Madrid, si Dios no tiene á bien disponer otra cosa. En las casas reclusion general: las mugeres con batas como tela de cebolla, el pelo recogido hácia la nuca y el indispensable abanico en la mano.

Los hombres con pantalones de jareta, en mangas de camisa, y pare V. de contar:

En cuanto á las habitaciones, descritas os quedan; oscuridad, oscuridad y solo oscuridad.

En tanto las calles brotan plomo hirviendo. Las aceras caldeadas; los adoquines lanzando chispas: la gente tratando de beber los vientos.

Solo por la noche se respira un momento en el árido salon del Prado.

Pero en él, ¿qué creéis que se hace?

Nada, mas que abrir la boca para recoger una ráfaga de aire, beber agua con su correspondiente azucarillo, y hablar del calor, solo del calor, nada mas que del calor.

Y así entre unas cosas y otras, entre una pena y una alegría, entre el fastidio y la esperanza, entre el deseo y los temores, llega el mes de Setiembre, mes de goces para unos, de calma para otros, de ventura para muchos, y de respiro para todos.

Y así ha sucedido este año.

Como ha sido mucha, muchísima la gente que tocó tabletas en busca de mas reposados climas y de menos ardientes horas, es ahora un placer inexplicable ver las diligencias cargaditas de personas de todos sexos y edades, tan robustas, tan tostadas, tan alegres y tan orondas en su mayor parte.

Poco despues la diligencia ha depositado su carga en el patio de un parador.

Y aquí son de ver las escenas tiernas, grotescas, sentimentales y estrañas que se suceden entre los que llegan y los que esperan, y el cúmulo de pre-

guntas y respuestas, que como el fuego de una guerrilla se disparan sin interrupcion.

Allí es una mamá que abraza á su hija con las lágrimas en los ojos, mientras la hija con los suyos que le bailan de contento, mira por encima del hombro materno á un escualido, tísico y amoratado pollo que, enclavado en el umbral de la puerta, hace cinco horas que espera á la que ahora es objeto de tan muda como insinuante manifestacion.

Allá es la elegante dama que estrecha con una mano la de su anciano esposo y con la otra la de su jóven compañero de viaje y baños.

Aquí es la suegra que lo primero que pregunta al yerno es por el vestido y la cofia que le encargó, mientras allá una madre se entera minuciosamente por la salud de sus hijos.

Ya es, en fin, el militar que llega restablecido de sus heridas; el anciano que ha recobrado la salud: el jóven que ha perdido la suya: la dama que se halla sin un padre que dejó: el hijo que vuelve sin un padre que se fué: el llanto, las risas, los abrazos, los besos, todas las sensaciones, los recuerdos, las esperanzas del corazon humano, combatidas, deploradas durante la ausencia, reanudadas, adquiridas en el regreso.

Esto, como podeis suponer, no deja de tener su encanto.

Y si añadís á ello, las mentiras, los cuentos, las anécdotas que circulan á los pocos dias, podreis formaros una leve idea del animado aspecto que tomará la capital.

Por-lo pronto la corte regresó.

Con cuyo motivo, la Granja, centro y emporio durante la calurosa estacion de todo lo mas selecto y elegante de la coronada villa, ha quedado ya como novia burlada: con un palmo de narices. Yo creo que por no quedar, ni pájaros han quedado en ella.

La Reina hizo su entrada sobre las diez de la noche con un frio que se chupaba uno los dedos, si bien no fué bastante á impedir que miles de curiosos llenasen la plaza de Oriente, y se distrajesen con los acordes de las músicas de los regimientos que cubrian la carrera.

Dos dias después, la reina, cumpliendo un voto, ó por lo menos con una costumbre, salió á las tres de la tarde al templo de Atocha, situado como á un tiro de cañon de Madrid, y cuya salida se verificó con toda solemnidad.

Os haré una reseña de ella.

Abria la marcha un piquete de caballería, al que seguia:

Los clarines y timbales de las Reales caballerizas.

Los maceros de palacio.

Caballos con magníficos reposteros.

Un coche con los gentiles hombres de casa y boca.

Otro con cuatro mayordomos de semana.

Otro con mayordomos de semana y gentiles hombres de casa y boca, del interior.

El gentil hombre del Infante D. Sebastian.

El del Infante D. Francisco.

Las damas del Príncipe de Asturias y la Infanta Isabel.

El mayordomo, caballerizo mayor y gentil hombre del Príncipe de Asturias.

La dama, el gentil-hombre de cámara de la Reina y su camarera mayor.

El caballerizo mayor, mayordomo mayor, sumillers de Corps y comandante general de Alabarderos.

Dos batidores.

El Infante D. Sebastian.

Su escolta.

Dos batidores.

El Infante D. Francisco de Paula.

Su escolta.

Coche de respeto del Príncipe de Asturias.

Cuatro batidores.

El Príncipe de Asturias y la Infanta Doña Isabel, con su aya.

Escolta.

Coche de respeto de los Reyes.

Cuatro batidores.

Un correo.

Coche de SS. MM.

Capitan general de Madrid, generales, ayudantes del cuarto militar del Rey y oficiales de estado mayor.

Escolta.

Un escuadron de coraceros.

La Reina llevaba trage color de rosa, velo blanco y una magnífica diadema en la cabeza.

El Rey y el Infante D. Sebastian vestían el uniforme de capitan general.

La comitiva llegó en este orden al templo de Atocha, donde la esperaban todos los altos funcionarios y personas de categoría, que habían recibido billete de invitación.

Acto continuo cantóse una salve, la letanía y el Te-Deum, oficiando el Sr. Patriarca de las Indias, terminando el acto á las seis menos cuarto.

Los balcones de la carrera estaban adornados con vistosas colgaduras y elegantísimas señoras; mientras que una multitud inmensa llenaba todos los huecos que en las calles permitía la tropa tendida en su larga estension.

A las seis y cuarto de la tarde, el estampido del cañon nos anunció la entrada en palacio de SS. MM. y el acto completamente terminado.

Por lo demás, la animacion va siendo creciente de hora en hora, á pesar de que, tras de unos dias de intenso frio que casi nos puso en el caso de sacar las capas, hemos vuelto á entrar de lleno en un calor que nos hace sudar el quilo.

Esto, sin embargo, no obsta para que los teatros hayan empezado á abrir sus puertas, si bien todavía no con la concurrencia que fuera de desear.

El primero que se ha inaugurado es el de la Zarzuela, con una obra traducida y puesta en verso por dos conocidos escritores, titulada *Zampa*.

Obregon hace el protagonista de una manera admirable.

El *Zampa* es nuestro D. Juan Tenorio, si bien con menos arranque que aquel.

A la Zarzuela ha seguido el Príncipe, donde actúan los hermanos Catalinas, recién llegados de la Habana, y como primera actriz la Sra. Palma.

Tras el Príncipe ha ido Novedades, poniendo en escena un dramon titulado *Los fugitivos de la India*, donde no mueren los espectadores, porque el autor ha querido dejar á alguien que lo cuente.

Después de Novedades se ha abierto el Circo con el drama de grande espectáculo titulado *Baltasar*, donde lucen sus grandes dotes la Teodora Lama-drid y el Sr. Valero.

Y por fin, hace poco se ha dado á luz el de Lope de Vega, donde trabajan los hermanos Romea.

Falta solo el Teatro Real.

Qué os parece de esto?

A buen seguro que los habitantes de Madrid no tendrán de que quejarse este invierno, como no sea de sobra de diversiones.

Pero por ahora en lo que menos se piensa es en estas.

Lo grande, lo verdadero, lo que embarga hoy la atencion de estas gentes, no es nada de lo que os he relatado, no: es única, simple y sencillamente *la guerra contra el moro*, ideal de las mujeres y esperanza de los hombres.

Hace noches un pollo escuálido, seco y taciturno, fué segun costumbre á ver á su novia.

Esta, apenas lo atisbó, se fué á él derecha como un huso, le cojió una mano, lo llevó cerca de una luz y poniéndole un periódico delante, le dijo con tono amenazador: "lee."

El pobre diablo, verde como un pámpano y tembloroso como un azogado, repasó con ojos entre derechos y torcidos el párrafo en cuestion, temeroso sin duda de hallarse en él con su sentencia de muerte.

—Has concluido?

—Sí.

—Y bien?

—Nada.

—Cómo nada?

—Luisa!

—Chist! ni una palabra mas.

—Pero esplicame....

—Qué es lo que has leído?

—Una accion de guerra habida entre los moros y nuestros soldados en Ceuta.

—Corriente; pero no prosigues?

—Y qué quieres que te diga?

—Ah! con que ¿qué quiero que me digas? pues vas á oirlo. Que, ó mañana mismo sienta V. plaza de soldado raso en uno de los regimientos que van allá, ó nuestros amores quedan terminados esta misma noche.

El pollo cae de rodillas.

—Luisa! Luisa!

—Ah! y decia que me amaba!

—Sí, sí, te quiero, te.... te....

—El moro ó mi olvido.

—Pero.... pe....

—Mi olvido ó el moro.

—Pues bien.... sí....

—Pronto, elije....

—Elijo.

—El moro, eh? bien lo sabia yo.

—Pues sabias muy mal, porque elijo lo otro. Y á los piés de V.

Y tomando el sombrero se lanzó á la calle.

Y es que hay mujer que ya sueña con ver entrar el mejor día por la puerta de su casa á un gigantesco morazo, príncipe por lo menos, de luenta barba, negro y lustroso bigote, ricas babuchas, y espléndido trage, que hincándose de rodillas y puesta la frente en el suelo, la diga que allí le manda el individuo H. ó B. de quien es prisionero á ofrecerla su cabeza ó sus servicios como simple esclavo, única dicha que ya le es dable disfrutar en la tierra.

Mientras que otras mas resueltas ó menos compasivas, esperan con ansia la declaracion de guerra, para sentar plaza de simples voluntarias y combatir frente á frente con las osadas huestes de Mahoma.

Lo cual, unido á las animadas conversaciones de los ancianos, á la ansiedad de los jóvenes, al entusiasmo de los militares, hace que no haya calle, casa, paseo, teatro, café ni encrucijada donde no se hable de lo mismo, se espere lo mismo, y se dilucide lo mismo, y todo con grandes planes, con colosales deseos y con múltiples esperanzas de verificar el regreso, despues de haber recorrido hasta la misma Grecia.

Por lo demás, las ferias han principiado ya.

Pero ¡qué ferias!

Dos años atrás, la calle de Alcalá, magnífica por su estension, y bella por su topografía, presentaba el animado cuadro de un diluvio de tiendas llenas de baratijas y grotescos juguetes que entremezcladas con los puestos de las mas ricas frutas de Aragon, y con una muchedumbre ávida y apiñada que por do quiera circulaba, hacia de estos dias un verdadero pandemonium humano.

Mas.... ¡oh desdicha de las glorias mundana!

Una órden de un gobernador, una sola órden bastó para echar abajo todo aquel cúmulo de estrañas antiguallas, y destruir con el ímpetu del huracan las mas bellas esperanzas de los vendedores y mercaderes al por menor.

Y fué lástima; porque pintaros ó describiros el estraño aspecto que presentaba Madrid en tales dias, era pretender la pobre gloria de emborronar un cuadro, de mérito indisputable, gloria que no seré yo quien trate de adquirir, porque en verdad sea dicho, no me siento con fuerzas para ello.

Solo si os diré: que si podeis formaros una idea de una multitud de plazas y plazoletas llenas de muebles, sin tapas unos, destartalados otros, muchos pobrísimos, pocos de buen aspecto; espejos sin marcos ó marcos sin espejos; cerraduras, llaves, ropas de todas épocas, de todas clases y de todas hechuras; unas sin mangas, otras con polilla: relojes del mas estravagante aspecto: utensilios de cocina, raras antigüedades de todas clases y de todas formas desde la moneda del imperio romano al ochavo segoviano de nuestros dias: libros en todos los idiomas y de cuantas formas se conocen:

papeles de música; óperas enteras; violines sin cuerdas, trompetas, armas que recuerdan la entrada de los Cartagineses en España, ó la salida de los moros: clavos, perchas, plumeros; uniformes de la guerra de la Independencia, al lado de morriones franceses ó de chapas con su águila imperial: trajes del sacerdocio, de la milicia, de las órdenes militares, de cuanto en el dia existe ó se conoce; muñecos, trapos, hilachas, zapatos rotos, remendados ó sin tacones: y en fin, todo aquello de mas asqueroso, mas viejo, ó mas brillante que la desgracia ha ido dejando en manos de la usura, y la miseria en las arcas de la avaricia, es lo que sale á relucir en estos benditos dias de ferias, donde muchísimas personas ven con lágrimas en los ojos objetos de su cariño allí hacinados ó medio destruidos, esperando el momento en que un comprador bondadoso cargue con ellos, entrando en plena y legítima posesion.

Historias he oido contar de muchos de estos muebles, que mas de una vez me han afligido el alma y turbado el reposo á mi espíritu.

Un dia, una muger joven, pero demacrada por el pesar y cubierta de harapos, se arrastraba pesadamente por mitad de la plazuela de Santa Ana, hoy del Príncipe de Asturias.

Sus ojos, inciertos, vagos, abillantados por las lágrimas, mortecinos por el sentimiento, parecian buscar con avidez entre aquellos mudos objetos uno que reconocer ó algunos que recordar, pues de vez en cuando hondos y apagados suspiros escapándose de sus labios, parecian demostrar que sus esperanzas se iban defraudando, á medida que todo aquello se deslizaba á su vista sin conmoverle el corazon, sin llevar á su pensamiento los recónditos recuerdos de su alma.

¿Quién seria aquella desdichada?

Por fin su mision parecia terminada: un solo puesto le faltaba que recorrer, cuando fijando sus ojos en su interior con esa indefinible desesperacion del náufrago que luchando con las olas va á asirse á un objeto salvador á tiempo que un golpe de mar se lo arrebata y lo sumerge en el abismo, hizo estremecer de pies á cabeza á la desdichada joven y arrojarle trémula de dolor en el fondo de la tienda.

El mercader que á la sazón parecia entregarse á la dulce expansion de un tranquilo sueño, dió un respingo de salta monte, se refregó los ojos y dijo con un tono entre brusco y amable:

—¿Qué es lo que V. desea, joven?

—Ah! buen hombre, le replicó ella con un acento imposible de describir:

¿Me perdonaria V. la curiosidad de abrir ese neceser?

—Si no es mas que eso, ¿por qué no, señorita?

—Ah! gracias, gracias, murmuró la joven. Pero ya que es V. tan bueno conmigo, ¿podria saber de qué manera lo adquirió?

—Señora, de una muy sencilla. Un dia hallábame yo en la trastienda de mi casa, cuando una vieja por cierto de un aspecto de todos los diablos, penetró en ella trayendo bajo el brazo y cui-

dadosamente envuelto el mueble en cuestion.

—Vengo á ver si quiere V. comprarme esta rica prenda, me dijo descubriéndola instantáneamente.

—No tendré ningun obstáculo, la contesté, si antes tiene V. la bondad de decirme...

—¿De qué modo la he adquirido ¿no es eso? Pues va V. á saberlo. Un hombre de esos que Dios ha hecho para castigo del prógimo y azote de la humanidad, tenia amores con una señorita huérfana de padre, tan honrada como hermosa y tan hermosa como desgraciada. Sin embargo, Dios, que nunca desampara al bueno parecia velar por aquella inocente existencia y la de la anciana y ciega madre, que sostenida con el trabajo y el amor de su hija, no recordaba sus males ni sus dolores, porque bien sabido es cuanto bien derrama en el alma la tranquila impresion de una conciencia inmaculada. Y así pasaban los dias, alegres para la anciana, felices para la niña, que al lado del esposo que el cielo parecia destinarle, soñaba ya con la realizacion de su mas anhelada esperanza, cual era la de variar de posicion, para que su madre pudiese disfrutar de mas reposados goces.

El jóven, en tanto, seguia prometiendo y la jóven esperando.

Una noche, aciaga por cierto para ambos, el jóven apareció en su casa.

—Mira, la dijo estrechándola una mano, el dia de felicidad ha llegado ya. Todo lo tengo preparado, casa, mueblaje, papeles y en fin, cuanto para tales casos se necesita y es de rigor. Esta misma noche quiero que lo veas, para saber si es de tu gusto.

La jóven resistió largo tiempo por no dejar sola á su madre: el jóven la prometió el pronto regreso y súplicas por un lado, y amor por otro decidieron por fin á la jóven, que entrando en un caruaje, partió al galope.

Poco despues, ya se hallaba en un salon rica y lujosamente amueblado, si bien al parecer hecho mas para la sensualidad, que para el reposado goce de un amor santificado por la inocencia.

Ello es que la jóven no salió aquella noche de allí, ni al otro dia, ni al otro, ni al otro, porque unas veces los criados con fútiles pretextos, otros el jóven con amorosas promesas, acabaron por turbar de tal modo su razon que cayendo en un horrible abatimiento, empezó á decaer su salud hasta el punto de poner en inminente peligro su vida.

Una mañana, sin embargo, pudo levantarse del lecho de su agonía.

¡Pero cual no seria su sorpresa, cual su asombro, cuando al penetrar en el salon ni muebles, ni objetos, ni criados respondieron á sus miradas, se conmovieron á sus voces.

Un solo papel habia sobre un neceser que parece decia estas solas palabras:

“He perdido cuanto tenia. Mi vergüenza y desesperacion, tardías para el arrepentimiento, han puesto en mis manos un arma homicida. Cuando llegue á las tuyas esta, habré dejado de existir.”

La jóven cayó desmayada.

Horas despues, ya se hallaba sobre un misera-

ble lecho en el hospital. Se hicieron pesquisas para hallar á su madre y ¡todo en valde! La madre habia muerto de dolor.

Desde entonces no ha vuelto á saberse de la jóven, continuó la vieja, porque habiéndose vendido cuanto en su casa tenia, para pagar lo que aquel infame habia quedado á deber, fué imposible darla el mas pequeño socorro, ni aliviar en lo mas mínimo sus horribles y justos padecimientos.

Uno de los que adquirieron este neceser, jugador tambien de profesion, me le dió en pago de algunas cantidades que me debia; hoy soy yo la que me veo en necesidad, por cuyo motivo no he vacilado en traérselo á V.

Yo, señorita, viendo que era un buen negocio, me aproveché de la ocasion y cargué con el precioso mueble por una cantidad por cierto bien insignificante. Ahora, pues, que sabe V. la historia, puede V. satisfacer su curiosidad haciéndose cargo de él.

Y el bueno del mercader, dando vuelta á una llavecita lo abrió de par en par.

La jóven dió un grito espantoso y se lanzó fuera del recinto.

La infeliz estaba loca.

El neceser era el mismo que la perfidia de un hombre le habia adquirido, para que engalanase su deshonra.

Aun hoy dia puede verse en una de las tiendas que pueblan el elegante paseo de Atocha, y á la jóven en uno de los cuartos de la casa de dementes de Leganés, pálida, harapienta, envejecida y aniquilada.

Así es que al ver hace dias el mueble en cuestion, no pude menos de esclamar: ¡pobres ferias de Madrid! cuántas lágrimas y cuántas miserias y cuántas amargas historias encerrais en vuestro seno!

Pero como nadie las mira bajo este prisma y si bajo el de *hacer negocio* de aquí el que la gente se deslice por ella comiendo acerolas y partiendo avellanas, mas alegre que unas pascuas.

Y con esto y con no haber nada, absolutamente nada nuevo que comunicaros por ahora, se despide de vosotras hasta el próximo mes.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Reformas en el teatro Principal.

Cádiz ha tenido siempre la pretension, no infundada por lo comun, de caminar en punto á mejoras á la altura de las primeras capitales de España; pero si en algunos ramos puede compararse con la mejor, en otros le falta aun que hacer para igualarse con poblaciones que no son de mas alta categoría que ella. Cosas hay en las que nos llevan notoria ventaja; y ya que circunstancias de que no vamos á ocuparnos aquí hacen infructí-

feros los proyectos con mas deseo comun esperados, hágase algo siquiera para mejorar en lo posible lo malo mientras se logra lo bueno.

Este es el caso del teatro Principal. Rémore perpétua de toda idea, de todo pensamiento que realizado diese á Cádiz lo que Cádiz necesita, esto es, un teatro digno de él, solo puede suplir, aunque muy imperfectamente, esta necesidad con una obra que en algo disimule sus nulidades, que le proporcione algun mejor aspecto, que lo ponga decente siquiera, que lo saque de sus acostumbradas tinieblas, que permita mas cabida al público, especialmente al que no quiere ó no puede concurrir á los palcos ó á las butacas; una obra en suma que haga el mismo efecto que hacen en una muger las canas teñidas, el colorete y las ballenas del miriñaque.

Sabidas son nuestras opiniones respecto á la construccion de un teatro en Cádiz. Sabido es que hemos defendido su necesidad si es que se ha de tener algo bueno en ese género, porque todo lo demás es andarse, por las ramas, es perder el dinero y el tiempo; pero una vez que la fuerza de los hados, por no decir otra cosa menos mitológica y mas esacta, parece como que quiere condenarnos á perpétuo teatro Principal, habremos de resignarnos á que alguna cosa se haga allí, porque no hemos olvidado los bochornos que en este último verano hemos pasado ante los forasteros, gente muchas veces nada benévola con lo ageno, cuando al concurrir al teatro Principal atraídos por la fama de la Sra. Ristori, les veíamos hacer gestos y muecas nada dudosas al penetrar por aquellas mezquinas puertas de almacén en aquel mequino vestíbulo, y luego al hallarse punto menos que á oscuras en una sala de espectáculos que en rigor exigía semejantes precauciones, porque no estaba para vista á buena luz.

Persuadida de estas razones la administracion de la casa teatro, administracion que pertenece á la Junta provincial de Beneficencia, ha logrado poder consagrar algunas cantidades al aseo, mejor aspecto y mas acertada distribucion de las localidades del coliseo; reformas que, segun tenemos entendido, serán las siguientes.

El exterior de los palcos y cazuelas se pintará de blanco al barniz, realizándolo donde convenga con algunos filetes dorados. Los fondos encarnados.

Pintura consiguiente del techo.

Barandilla de hierro labrado en vez de los tableros lisos que hoy existen en las plateas.

A los antepechos de los palcos de tornavoz se les piensa dar una forma curva avanzada, colocandolos en ellos barandillas de hierro.

A la orquesta se le dará otra forma diferente de la actual, haciéndola ganar terreno hácia el centro sobre patio, y quedando mas recogida por las partes laterales, donde se colocarán las lunetas que por aquel concepto puedan perderse.

Los palcos del frente del piso segundo quedarán convertidos en palcos por asientos, segun los hay en todos los teatros.

La cazuela alta se destinará á tertulia para ambos sexos. La baja y palcos terceros se reservarán esclusivamente para el femenino.

Desaparece la lucerna. Se sustituye con brazos en gran número que arrancan de los antepechos.

Se proyecta trasladar á otro sitio y dar mejores condiciones á cierta oficina indispensable, que no vemos cómo ni para qué nombrar aquí.

Esto es lo que tenemos entendido que se piensa hacer, si es que no surge alguna imprevista dificultad que en alguna parte lo impida. Lo que sí podemos asegurar es que mucho de esto se está ya haciendo, y que la obra continúa con actividad suma, á fin de que en el mas breve plazo posible principie á funcionar el coliseo.

De sus futuras tareas artísticas nada sabemos aun. Tendremos al corriente á nuestros lectores de cuanto en este punto vaya llegando á nuestra noticia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La feria de Navidad.

Nuestro artículo de hoy, segun se vé por el epígrafe, sale con tres meses de delantera al objeto de que se propone hablar. Así y todo tememos mucho que no llegue á tiempo.

Explicaríamos esta especie de aberracion.

Cuando tiene lugar alguno de esos acaecimientos periódicos entre los pocos que aquí surgen de vez en cuando, emitimos nuestra opinion indicando lo que, no ya en nuestro concepto solo, sino lo que es mucho mas, en el concepto de la generalidad del público debiera hacerse para su mejora. La cosa entonces ya no tiene remedio: si algo se piensa en ella se guarda el pensamiento para otra vez; pero esta otra vez llega, y en el intermedio nadie se ha vuelto á acordar siquiera del asunto, y muchísimo menos de nuestras opiniones de entonces, si es que por alguien se tomaron en cuenta. Fuerza nos es por tanto mudar de marcha y vivir adelantados, porque si algo parece conveniente hacer, lugar hay de digerirlo y de egecutarlo en el tiempo que aun resta.

Explicado esto, entremos en el asunto.

Sabido es que la vida de Cádiz, en lo respectivo á su localidad propia, es bastante uniforme y acompasada. Quien aquí vé un dia puede decirse que los vé todos; porque rara cosa es la que altera la marcha comun de su existencia. Si quiere ver toros tiene que ir al Puerto ó á Jerez, si feria á Sevilla, si solaces de vísperas de S. Juan á Puerto Real ó á Chiclana. Aquí no hay fiestas populares de esas que en determinadas épocas rompen la monotonía de la vida de las poblaciones y atraen al seno de ellas á las inmediatas. Por eso Cádiz, tan dispuesto á todo lo que sea divertirse, tan desprendido y tan espléndido en su manera de gozar, se vé forzado á buscar en otras partes muchos de esos goces; lo cual fuera lo de menos si algo recibiese en cambio; pero es el caso que nada recibe.

Por eso aplaudimos el pensamiento que se nos aseguró había entonces para establecer una feria durante el ya pasado verano en el paseo de las Delicias, cuyas calles habrían de iluminarse y adornarse convenientemente. Esto por lo menos debió ofrecer la población como aliciente á los forasteros que en tal época la favorecen.

Pero ya que no se hizo aquello, ¿por qué no se piensa en que la vetusta feria de Navidad se rejuvenezca, siquiera sea en la apariencia, no permitiendo allí los feísimos y sucios puestos de juguetes, las caducas y apestosas buñolerías de esteras, y tantos otros tradicionales mamarrachos que convierten aquel sitio en local aceptable tan solo para chiquillos de los que compran matracas, ó para pollos que la dan á las idem del otro sexo?

En otras partes las tiendas y los puestos se ciñen á un modelo uniforme y gracioso; para lo cual se tienen hechos y se alquilan á los feriantes, con lo que se evita la irregularidad y la mala vista; cosas que influyen harto mas de lo que se piensa en la calidad de los concurrentes habituales.

Importaría asimismo mejorar aquel sitio, taller hoy de picapedreros, y siempre condenado á un infernal piso.

¿Por qué no se piensa en todo esto y se hace algo, si es que hay posibilidad de hacerlo?

Si esta indicacion parece aceptable, basta con ella: si no lo parece, ella sobra.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PUBLICACION NUEVA.

Sin perjuicio de ocuparnos, en cuanto la índole de este periódico lo permite, del excelente folleto que con el título «América y España en sus intereses de raza ante la república de los Estados Unidos», acaba de publicar en Cádiz nuestro amigo el distinguido publicista D. José Ferrer de Couto, recomendamos su lectura de un modo muy especial, no solo como obra bien escrita, sino como obra del mas alto interés para nuestro país.

Se halla venal en el despacho de La Revista Médica y en las redacciones de los periódicos políticos al moderado precio de 10 rvn.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Las hojas caen, las tardes comienzan á refrescar: tocamos ya al otoño. Sin embargo, como el tiempo es todavía hermoso no se renuncia completamente á los equipos de estío. Por otra parte, las modas destinadas á la estacion en que vamos á entrar no han hecho aun oficialmente su aparicion. Cierito es que se ven ya algunos modelos que se muestran con timidez; pero esto no basta á dar

una idea exacta de lo que habrá de llevarse. Es preciso pues esperar á que el mes de Octubre ponga en evidencia todas las innovaciones: los primeros frios se dejarán sentir, y por fuerza habrá que tomar vestidos *confortables*.

De aquí á entonces refiramos lo que se dice, y hablemos algo de lo que hemos podido observar. Así cuando llegue el momento, la metamorfosis se obrará mas fácilmente.

Se empieza á ver mayor número de telas de seda.

Por la mañana y al anochecer se llevan pequeñas manteletas. Son de telas de lana de capricho, y con capucha fruncida.

Vuelve á comenzar el reinado de las cachemiras: ellas tienen siempre un sello aristocrático al que nada iguala.

Se dice que, como adornos de trages, continuarán empleándose los volantes; pero habrá además muchas guarniciones de terciopelo y pasamanería. En este género puedo desde hoy ponerlos al corriente, porque ayer he visto en casa de M. Sorrelle las creaciones mas maravillosas que imaginarse puedan.

Voy ahora á designaros particularmente los modelos que sobre todos merecen la preferencia.

La mariscala *Stradella*, *Emperatriz*, *Cavriana*; la de *Cequies*, que es de una originalidad adorable; *Magenta*, *Maria de Médicis*, *Duquesa de Alba*. Algunas olvido, pero ellas llamarán la atencion lo bastante para que todas se reparen.

Añadamos las forrageras españolas con encage negro; las bertas pelerinas para trages y capas; la mariscala *húngara*; la forragera *Francisco I*; la de terciopelo y azabache; la forragera *marina*, que atraviesa el pecho al sesgo, y termina por un lindo lazo á modo de charretera colocado al lado izquierdo.

Los sombreros de otoño aparecen antes que las demás novedades, y el almacén de Mme. Rénévey se llena ya de cosas encantadoras.

Segun lo que allí he visto las formas se presentarán mas avanzadas por delante, y habrá siempre mezcla de telas.

Citemos algunos modelos.

Sombrero de crespon blanco con bavolet de terciopelo marron. A la derecha del ala, casi en el borde, un ramo de rosas blancas cuyo follage es de terciopelo marron.

En el interior del ala, bandó-torcete de terciopelo y crespon.

Segundo modelo.

Sombrero de crespon blanco y bavolet de terciopelo malva. A la izquierda del ala margaritas malvas.

Tercer modelo.

Sombrero de paja negra, con bavolet de terciopelo negro orlado de terciopelo punzó, así como el ala. Encima, á la izquierda, gavilla de plumas de gallo negras y punzó.

Este sombrero es de un género completamente cabalístico. Se le llama *Fra-Diávolo*. El nombre le conviene admirablemente.

He observado en casa de Leroy-Mariton muchas

capotas de crespon de colores subidos, de tafetan verde-Isly, marron, azul de Prusia y flor de melocoton. Tambien habia algunos de terciopelo liso.

La mayor parte de las formas son de calota redonda. Tambien avanzan sobre la frente. En cuanto á los adornos, los unos se componen de pequeñas cabezas de plumas enlazadas con blonda ó encaje, y otros de flores de terciopelo, ó flores comunes, segun la tela.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de *barége* marron muy claro, con viso blanco: la enagua se adorna con doce volantes pequeños guarnecidos con dos flecos marron: monillo liso escotado cubierto de flecos: manga con cuatro volantes como los de la enagua, adornada con un lazo de cinta de gró marron en el hombro. Camiseta y mangas de tul con embutidos. Cinturon de gró con cabos largos. Manteleta de la misma tela del vestido guarnecida de un volante y plegados de cinta marron; y á la espalda un lazo con grandes cabos. Sombrero de paja adornado por bajo del ala con un bandó de flores del campo; por cima y cayendo á la espalda velo de encaje negro Clotilde, cabos de cinta de gró verde claro: Guantes paja. Botitas marron.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de piqué blanco guarnecido con una ancha cinta de piqué azul. Este elegante traje de casa está formado con dos enaguas, siendo la de encima de hechura de levita, cerrada por el pecho con botones de pasamanería: mangas anchas con el mismo adorno que el vestido y una hilera de botones desde el hombro á la mediacion del brazo: cuello y manguitos de encaje blanco. Sombrero de crespon azul Prusia del mismo punto de color que el del adorno del vestido: sobre el ala, adornos de encaje negro: á la izquierda ramo de margaritas blancas: lazo de encaje y cinta. Guante Suecia. Bota azul.

TERCER FIGURIN PARA NIÑO PEQUEÑO.

Vestido de chaconá blanco guarnecido de plegados de muselina lisa festoneada con cinta rosa. Cinturon imperial de cinta ancha con un lazo á la izquierda. Capillo de tul y embutidos de encaje, con lazos de cinta rosa.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Números 1 y 2 Cuello y puño: al pasado ó bordado ligero.—3 y 4 Guarnicion: al pasado.—5

Pañuelo: al pasado, lunares y ojetes.—6 y 7 Cuello y puño: al pasado y feston.—8 Guarnicion: bordado ingles ó al pasado.—9 Esquina para pañuelo C. P.: al pasado y bordado ligero.—10 Id. id. F. M.: id. id.—11 Id. id.: feston y cordoncillo.—12 Guarnicion: ojetes ó lunares y feston.—13 y 15 Dibujos para adornos de cabeza de señoras: al pasado, punto de pluma ó feston; pudiendo bordarse los números 13 y 14 sobre muselina ó en tul con sobrepuestos.—El número 14 se borda tambien separadamente, sobre terciopelo negro con seda blanca al pasado y los nervios de cordoncillo negro, colocando una perla negra en el centro de cada florecita.—El 15 se borda al pasado y cordoncillo sobre gró negro ó sobre terciopelo negro con seda blanca, adornándolo con perlitas negras en los sitios que el mismo dibujo indica.—16 Guarnicion: feston y lunares grandes.—17 y 18 Id.: al pasado y feston.—19 Embutido: id. y cordoncillo.—20 y 21 Cuello y puños: al pasado, punto de armas y lunares sobre muselina, ó con sobrepuestos de nansouk sobre tul. Estos objetos pueden servir para luto, en cuyo caso se bordará solo el dibujo exterior sobre crespon doble reemplazando á los lunares cuentas de azabache, y al pasado con una cadeneta ó cordoncillo.—22 Esquina para pañuelo, Maria Dolores Baena y Lopez: al pasado.—23 Guarniciones: al pasado.—24 Esquina para pañuelo E. G.: id.—25 Pañuelo: al pasado rico, punto de escala y calados ó sobrepuestos.—26 Embutido: al pasado.—27 C. de H. y corona: al pasado rico.—28 L. V.: id.—29 A. V.: id.—30 Francisco: id.—31 E. G. M.: id. rico.—32 Araceli Alvarez de Sotomayor: al pasado.—33 A. H.: al pasado rico.—34 Esquina para pañuelo J. de F.: feston y ojetes rellenos y las iniciales al pasado.—35 Id. id. J. M.: al pasado y bordado ligero.—36 F. R. A.: al pasado.—37 Alina: id.—38 E. F.: ligadas, bordado ingles y al pasado.—39 Rosa: al pasado.—40 E. V.: al pasado.—41 E. L. ligadas: al pasado rico.—42 C. M. id.: al pasado y lunares.—43 E. M. id.: id.—44 Maria: id.—45 A. M. F.: id.—46 S. B. ligadas: id.—47 M. A.: id.—48 B. P. L.: id.—49 Dos alfabetos, mayúsculos y minúsculos.—50 C. L.: al pasado.—51 L. F.: id.—52 Muñoz: id.

MONILLO PARA VESTIDO DE SEÑORA SEÑALADO CON LOS NUMEROS 1 Á 7.

Núm. 1 Delantero.—2 Adorno que se coloca sobre el delantero formando peto ó chaleco.—3 Pequeña aldeta que se une á la cintura.—4 Espalda que se continúa en id.—5 Costadillo.—6 Manga: á esta se le hace una costura desde la estrella que queda indicada en el molde hasta abajo para formar el codo.—7 Bota.

Núm. 8 Embutido: al pasado, lunares y bordado

ligero.—9 Esquina para pañuelo C. F.: al pasado y feston.—10 Embutido: al pasado.—11 Guarnicion: bordado inglés.—12 O. H.: al pasado.—13 Esquina para pañuelo C. B.: feston.—14 Guarnicion: bordado inglés.—15 Embutido: al pasado y ojete ó lunares.—16 Id.: id.—17 Id.: ojete calado y lunares.—18 Esquina para pañuelo L. S.: feston.—19 Guarnicion: feston.—20 Esquina para pañuelo C. G.: al pasado rico.—21 Embutido: al pasado.—22 Guarnicion: feston y ojete ó lunares.—23 E. D. ligadas: al pasado.—24 C. D. id.: id.—25 P. V.: al pasado.—26 Guarnicion: bordado inglés y lunares.—27 Embutido: al pasado.—28 Julia: id.—29 E. B.: id.—30 C. G.: id. rico.—31 E. G.: id.—32 A. D. ligadas id. y bordado inglés.—33 Augusta al pasado.—34 E. V. id.: ó cordoncillo.—35 L. M. id.

Con el presente numero recibiran nuestros suscritores un lindo dibujo de crochet para respaldo de butaca u otro objeto analogo, en remuneracion de la tapiceria que dejamos de repartir en el cuaderno de Setiembre por haberse inutilizado.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Segunda serie.*—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta. —*Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. —*Sacrificio y Recompensa, legenda histórica*, por D. Bruno del Barco, conclusion. —*Coleccion de poesías de diferentes autores.*—*Amor de un poeta*, por D. Pedro Manuel de Moroy, continuacion. —*Revista de Madrid*, por D. Sebastian de Mobellan. —*Reformas en el teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. —*La feria de Navidad*, por D. Francisco Flores Arenas. —*Publicacion nueva*, por D. Francisco Flores Arenas. —*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau. —*Esplicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de señoras.*—*Dibujo de tapicería.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Hoja de crochet.*

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La diosa Ceres ha venido derramando abundancia sobre el mundo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

